

IRVING L. HOROWITZ

EL PRIMER MUNDO DEL DESARROLLO:  
LOS ESTADOS UNIDOS \*

HAY DOS maneras de no equivocarse y juzgar correctamente a los Estados Unidos: una es confiar exclusivamente en el Informe del Censo de cada decenio; la otra es apoyarse en cualquiera de unos doce tratados generales acerca de la nación estadounidense, su política, su economía, y su cultura. Pero cuando se intenta unir los datos cuantitativos con las generalizaciones cualitativas, no parece que los unos casen con los otros. La dificultad proviene de lo siguiente: lo que se observa desde una perspectiva cuantitativa se traduce en un optimista informe de crecimiento: aumento del gasto, mayor volumen de producción, mayores ganancias y un mayor número de personas que trabajan jornadas más cortas. Sin embargo, la generalización conduce a un informe pesimista: el divorcio como problema social, el desplazamiento del público por la masa, la apatía política de la población de la Calle Mayor, E.U.A., y la elevada incidencia de enfermedades mentales y del crimen. La contradicción entre los tipos de información cuantitativos y cualitativos queda de inmediato en evidencia. Así, para no perdernos, daremos en primer lugar una imagen de cómo *eran* los Estados Unidos; en segundo lugar, haremos una semblanza de cómo *son* los Estados Unidos ahora; y en tercer lugar trataremos de identificar las características específicas que hacen de los Estados Unidos el Primer Mundo del desarrollo social.

Para orientarnos en el primer problema examinaremos el juicio histórico europeo sobre los Estados Unidos. Esto es más que aplicar la norma de reciprocidad, ya que en términos generales, para juzgar al resto del mundo, tomamos como modelo los esfuerzos y las normas de los Estados Unidos, sea que lo hagamos conscientemente, o sin habérnoslo propuesto así. En la segunda parte trataremos de ver cómo esos juicios históricos han caducado al paso del tiempo. Es curioso, pero típico de los apologistas de Norteamérica, cómo acentúan el hecho de

\* Capítulo 3 del libro *The Three Worlds of Social Development*, próximo a publicarse.

la continuidad histórica de la misma de un modo desproporcionado a las pruebas aducibles. Ignorar las soluciones de continuidad en la cultura política es una peculiar actitud conservadora que se resiste a enfrentar las implicaciones que entraña un apartamiento radical de la tradición. Así un escritor halla la semilla de la actual revolución latinoamericana en los debates Lincoln-Douglas de los años mil ochocientos cincuenta,<sup>1</sup> mientras otro escritor encuentra trazas del legado de George Washington en el actual comportamiento político de la élite política.<sup>2</sup>

Esas soluciones de continuidad, más que la supuesta continuidad, son las que nos permiten hablar con cierta objetividad de los Estados Unidos como de un Primer Mundo desde un punto de vista internacional. Semejante marco de referencia, nos permitirá evitar el relativismo extremo de ver a los Estados Unidos como "una nación entre naciones";<sup>3</sup> o el absolutismo extremo de considerar a los Estados Unidos como una nación con un destino manifiesto por encima de todas las demás naciones.<sup>4</sup>

## I

El amplio consenso europeo acerca de los Estados Unidos es algo de lo más notable. Un crítico podrá ser más amistoso que otro; otro podrá ser más o menos elitista o feminista en su orientación que otros; pero en términos generales lo que los observadores europeos han escogido para elogiar o reprobar la vida de los Estados Unidos sigue patrones notablemente similares. En general, puede decirse que se reconoce a los Estados Unidos como una síntesis de las tradiciones europeas. De hecho, esta síntesis es precisamente lo que más han respetado los comentaristas europeos y lo que más les ha preocupado. Aquí había una sociedad que se alimentaba ciertamente de una gran pluralidad de corrientes, pero que exigía de ellas una muy exacta lealtad.

<sup>1</sup> Harry V. Jaffa, *Equality and liberty: Theory and practice in american politics*. Nueva York: Oxford University Press, 1965.

<sup>2</sup> Seymour Martin Lipset, *The first new nation*. Nueva York: Basic Books, 1964. Para discutir esto véase "The Birth and Meaning of America: A Dialogue on *The first new nation*", *Panoramas*, núm. 17 (August-Sept.) 1965.

<sup>3</sup> Véase sobre esto a Hans Kohn, *American Nationalism: An Interpretative Essay*. Nueva York: Collier Books, 1961.

<sup>4</sup> Véase especialmente *The Works of Theodore Roosevelt* (en veinte volúmenes) Nueva York: Charles Scribner, 1926. El volumen 19 en particular contiene quizás los pronunciamientos más belicosos, unidos a un paternalismo extremo, representativo del cambio de la política norteamericana del siglo.

1) El tema más comúnmente socorrido era el de Norteamérica como una forma del futuro. Se veía a los Estados Unidos como a la nación que abriría el camino a todas las demás civilizaciones por nacer. Agrupaba a tan curiosos espectadores y observadores porque su liderazgo histórico ya se reconocía desde 1835. Mostraría a otras naciones y pueblos cómo sería su propio futuro. Éste ha sido un tema predominante desde que De Tocqueville planeó su estudio de los Estados Unidos con el expreso propósito de buscar allí “la imagen de la propia democracia, con sus inclinaciones, su carácter, sus prejuicios, y sus pasiones”.<sup>5</sup> De Tocqueville y otros comentaristas cultos estaban tan convencidos de que los Estados Unidos encarnaban el futuro del espíritu democrático que en su obra maestra varias veces prescinde del término “América” al describir una característica peculiarmente norteamericana, y simplemente usa la palabra “democracia”. Constantemente usa el término Estados Unidos como sinónimo de “condiciones sociales” democráticas.<sup>6</sup> Detrás de todo esto había la premisa, irracionalmente establecida, de que la democracia era el futuro así como de que la sociedad de masas reemplazaría inevitablemente a la sociedad de élites. De Tocqueville puede haber dicho esto con cierta cautela y nostalgia aristocrática, pero otros, que lo siguieron, abandonaron la cautela y simplemente supusieron que Norteamérica más democracia equivalía a progreso. Y que esto era una fórmula mágica para el desarrollo.

Este concepto de los Estados Unidos como vanguardia de las naciones industriales ha sido tan común que, inclusive al discutirse las fallas del desarrollo americano prevalece un tono de admiración. André Siegfried apunta, por ejemplo, que “la asimilación de las cosas del espíritu es la verdadera lección que da el estudio de las humanidades, pero que Norteamérica parece considerar que esto es anticuado. En un examen para reclutar personal administrativo, el 80 por ciento de las preguntas consistían en temas científicos y tecnológicos, y el 20 por ciento —reservado a temas de cultura general— no eran de literatura o filosofía sino de sociología, un cambio bien significativo. Hay ahí una concepción de la vida totalmente nueva, y es una hacia la cual se mueve nuestro siglo con los Estados Unidos a la vanguardia”.<sup>7</sup> Opiniones semejantes se ex-

<sup>5</sup> Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, editado con una introducción por Henry Steele Commager. Nueva York y Londres: Oxford University Press, 1947, p. 16.

<sup>6</sup> Alexis de Tocqueville, *ibid.*, p. 41.

<sup>7</sup> André Siegfried, *America at Midcentury*. Nueva York: Harcourt Brace, 1955, p. 355.

presan todavía con frecuencia por humanistas como Howard Mumford Jones.<sup>8</sup> Pero lo más impresionante es que, sea el tono crítico o apolo-gético, se dé por hecho que los Estados Unidos son de fijo el camino del futuro —en la medida que el futuro significa industrialización, urbanización, y una divulgación masiva de la información—.

2) Los Estados Unidos como tierra de la igualdad es un tema que aparece frecuentemente, tanto en la literatura del siglo diez y ocho como en la del diez y nueve. Todos los observadores extranjeros advir-tieron el igualitarismo y el consciente propósito de reducir al mínimo la estratificación. Los Estados Unidos representaban la igualdad social, igualdad de posición, de maneras, y de trato. Lo que es más interesante aún es que, hasta el siglo veinte, se hacía mucho énfasis sobre la igualdad política en los Estados Unidos, especialmente sobre los ayuntamientos del este y sobre sus características populistas en el sur. También se hacía mucho énfasis en la igualdad económica, de la que se hablaba en la literatura, no tanto como de un hecho cumplido, sino como de una igualdad a la que se aspiraba.

De Tocqueville atribuye toda igualdad a una básica igualdad econó-mica de las condiciones; en contraste con la desigualdad psicológica del deseo. Esta tensión dinámica se refuerza con las leyes de igualdad para heredar que se lograron en los Estados Unidos en el siglo diez y nueve. De Tocqueville vio en esa ley de la herencia la eliminación de la última barrera que se oponía a la igualdad. Habla de la protección jurídica a la igualdad económica como “tendiendo poderosamente hacia la destrucción de las grandes fortunas y especialmente de los grandes dominios”. Observa que en los Estados Unidos se han destruido hasta los últimos vestigios de las jerarquías y distinciones hereditarias. Por eso, cuando se hallan “en un país extranjero dos norteamericanos se hacen inmediatamente amigos, por el solo hecho de ser norteamericanos”. Esto contrasta con lo que ocurre con los ingleses, para quienes “la misma sangre no es suficiente; deben tener la misma educación, la misma je-rarquía”.<sup>9</sup>

Harriet Martineau reforzó poderosamente esto, al señalar que era una “verdad admitida” que para los norteamericanos “una enorme riqueza personal no es congruente con el espíritu de republicanismo. La ri-

<sup>8</sup> Howard Mumford Jones, *One great society: Humane learning in the United States*. Nueva York: Harcourt Brace & Co., 1959.

<sup>9</sup> Alexis de Tocqueville, *op. cit.*, pp. 370-71.

queza es poder; no debe haber grandes cantidades de poder en manos de los individuos". Se llega a la conclusión de que "el sentimiento popular contra la transmisión de grandes propiedades, a favor de un solo hijo, es tan fuerte que nadie se decide a hacerla".<sup>10</sup> La terrible entereza de este igualitarismo es lo que más sorprende al observador actual. La ironía no radica sólo en la medida en que los Estados Unidos han evolucionado hasta apartarse de esa imagen de igualitarismo, sino en cómo fue posible para los observadores europeos ver en los Estados Unidos del diez y nueve tan exageradas corrientes igualitarias, al mismo tiempo que observaban la cristalización y el abuso de clase, raza, y las más bien profundas diferencias étnicas.

Hacia la mitad del siglo diez y nueve, los efectos niveladores de la frontera aún permitían hasta cierto punto mantener este equilibrio entre la igualdad económica y el impulso psicológico hacia la riqueza. Porque si la lucha por la riqueza no producía verdadera riqueza, al menos daba una ilusión de igualdad. Pero en el siglo veinte, los comentaristas serios dejaron de hablar de la igualdad económica en los Estados Unidos. Sin embargo, sea que la igualdad social y política se haya basado o no en la igualdad económica, la sociedad sin clases ha sido siempre uno de los grandes ideales de los norteamericanos. De Tocqueville empezó su segundo volumen sobre Norteamérica con una discusión sobre la pasión norteamericana por la igualdad y el descuido norteamericano de la libertad. De Tocqueville apunta que en los Estados Unidos los hombres soportan la pobreza, la servidumbre, y la barbarie, pero que no aguantarían diferencias de clases establecidas.

El igualitarismo típico de los estadounidenses proviene de tres tipos de rechazo. Primero, porque debido al "continuo movimiento que agita a la comunidad democrática", los lazos generacionales se aflojan sensiblemente, y "todo hombre pierde rápidamente el rastro de las ideas de sus antepasados o no les hace caso". Segundo, no se respetan las ideas de una clase de amos, puesto que "ya no hay clases, las que hay se componen de elementos tan móviles que su cuerpo no puede ejercer nunca un verdadero control sobre sus miembros". Tercero, el igualitarismo es consecuencia de una sociedad en la que la inteligencia "se coloca en pie de general igualdad", y los hombres se ven unos a otros sin considerarse incuestionablemente mejores unos que otros. Pero debido a esta independencia extrema, el igualitarismo se convierte en un

<sup>10</sup> Harriet Martineau, *Society in America*, editado con una introducción por Seymour Martin Lipset. Garden City, Nueva York: Doubleday & Co., 1962, pp. 263-64.

enemigo trágico del libertarianismo, del espíritu de estar ligado a una causa común dirigida por hombres poco comunes. Pero para nuestro propósito, la perspectiva aristocrática de De Tocqueville es menos importante que su estricto concepto sociológico de la igualdad.<sup>11</sup>

El igualitarismo de que habla De Tocqueville es principalmente de maneras y costumbres. Pero lo que De Tocqueville no llega a explicar es cómo su igualitarismo sociológico ha llegado a funcionar, curiosamente por cierto, como el principal bastión contra el igualitarismo económico. Pero en esto no hacía más que expresar un sueño americano común, puesto que, en tanto que los norteamericanos se vean a sí mismos como políticamente iguales, y en tanto que cada norteamericano teóricamente tenga en lo individual la oportunidad de ascender económicamente de clase, no sólo se tolerarán enormes diferencias en el status económico sino que se convertirán en la marca que distingue al que ha logrado triunfar del que no lo ha logrado, al "triunfador" del fracasado. Este punto de vista conservó intacta la idea de una responsabilidad personal en vez de la responsabilidad social.

Como decía James Bryce: "No hay luchas entre órdenes privilegiadas, ni siquiera esa perpetua rivalidad entre ricos y pobres que es la enfermedad más vieja de los estados civilizados. No debemos declarar abiertamente que no haya clases porque en algunas partes del país han empezado a aparecer ciertos distingos sociales. Pero para propósitos políticos, las clases apenas existen. Ninguno de los problemas que hoy agitan a la nación es un problema entre ricos y pobres. En lugar de la suspicacia, los celos, y la arrogancia que amargan las relaciones entre las clases, reinan los buenos sentimientos y la benevolencia. Todo lo que el gobierno —tal como los norteamericanos han entendido el término hasta ahora— puede darles, los pobres lo tienen ya: poder político, iguales derechos civiles, la posibilidad, para todos los ciudadanos por igual, de hacer una carrera . . . De aquí que los pobres no hayan tenido nada por qué luchar, ninguna base para no querer a los ricos, ninguna queja que enderezar contra ellos."<sup>12</sup> Qué interesante resulta, si se mira retrospectivamente, que haya habido alguien hace ochenta años que dijera que los pobres no tienen un común denominador que les diera una conciencia de clase. Seguramente la actual "guerra a la pobreza"

<sup>11</sup> Alexis de Tocqueville, *op. cit.*, pp. 251-257.

<sup>12</sup> James Bryce, *The American Commonwealth* (1888), from *America in perspective: The United States through foreign eyes*, ed. by Henry Steele Commager. Nueva York: Randon House, 1947, p. 224.

es una guerra principalmente emprendida por los que están relativamente bien acomodados para empujar a los pobres hacia arriba, como con una palanca de Arquímedes. No es, por más que la imaginación se esforzara en concebirlo así, muestra de que los pobres se estén elevando a sí mismos por sus propias escaleras. La guerra a la pobreza insiste en la educación, mientras que la estructura de la pobreza se basa en la motivación o en la falta de la misma. De ahí que aun en este estadio no exista una conciencia común de la pobreza o del destino común que une a la clase pobre contra las otras clases.

Simone de Beauvoir ha dicho que aún en nuestros días, "ninguna clase de jerarquía se ha impuesto por encima de las cualidades de cualquier tipo de riqueza y que el nivel de vida normal es en promedio lo bastante alto para impedir que la gente rica cree ningún complejo de inferioridad. El americano rico carece de grandeza. El pobre carece de servilismo. Las relaciones humanas de la vida diaria se hacen sobre un pie de igualdad. El orgullo que da el título de "ciudadano norteamericano", común a todos, ayuda al entendimiento". Aquí se advierte la gran distancia que hay entre los Estados Unidos como tierra de igualdad social y como tierra de desigualdad económica. Y cómo la una sirve para minar cualquier preocupación excesiva por la otra. Como De Beauvoir misma indica: "Cada individuo puede disfrazar la pobreza de su suerte pensando que participa en la vida de una gran nación y cada uno se ve a sí mismo en su vecino y le desea que disfrute de la dignidad de hombre y de los derechos a que es acreedor tal como él mismo lo es. Los americanos nunca han demandado una verdadera igualdad económica. Admiten los diferentes niveles de vida en tanto que cada ciudadano pueda por su propio esfuerzo ascender desde un peldaño de la escalera a otro. Claro está que algunos éxitos fortuitos mantienen ondeando en el horizonte la acariciada leyenda del hombre que se hace a sí mismo, pero este engaño es como comparar un boleto de lotería con un bono del tesoro; cualquier boleto puede ganar, pero sólo un pequeñísimo porcentaje de ellos gana realmente. Se explota el sentido equívoco de la palabra 'chance' (oportunidad) ya que su sentido preciso de acuerdo con las estadísticas es muy diferente del vago significado que tiene para el individuo deslumbrado por dudosas promesas".<sup>13</sup>

3) El tercer tema característico del juicio del siglo diez y nueve sobre

<sup>13</sup> Simone de Beauvoir, *America day by day*. Nueva York: Grove Press, 1953, pp. 260-63.

los Estados Unidos es que Norteamérica es la tierra de la abundancia y de la oportunidad. La exuberante abundancia de los Estados Unidos era lo que según los observadores permitía la liberalidad de espíritu así como el igualitarismo. Desde su origen mismo, los visitantes se asombraban de la inmensidad de los Estados Unidos y de la abundancia de sus cosechas, lo que producía un brusco contraste con las naciones europeas. William Cobbett miraba con los ojos abiertos la mesa del campesino americano: "No se te ruega, no se te presiona para que comas y bebas; pero se te pone delante tal abundancia, y se te recibe tan entusiasta y cordialmente que en seguida dejas de cohibirte."<sup>14</sup> Cuando las tierras vírgenes revelaron su gran riqueza en materias primas y los Estados Unidos empezaron a desarrollarse industrialmente, sus riquezas se hicieron legendarias.

Por el tiempo en que Harriet Martineau llegó a Norteamérica, había virtualmente una rapsodia de elogios a la riqueza de la nueva tierra. "Los Estados Unidos no sólo son de vasta extensión: son inestimablemente pródigos en riquezas materiales. Hay pesquerías y canteras de granito a lo largo de la costa norte; y barcos de todo el mundo comercian en sus puertos. Hay curtidurías a un paso de los robledales, y fábricas en el norte para el algodón que crece en el sur. Hay una riqueza ilimitada de maíz, caña de azúcar y remolacha, cáñamo, lino, tabaco y arroz. Hay regiones de praderas. Hay varias clases de uva para hacer vino, y moreras para la seda. Hay sal. Hay manantiales de aguas minerales. Hay mármol, oro, plomo y carbón. Hay una cordillera de montañas que divide el grande y fértil valle occidental de la activa región oriental que se extiende entre las montañas y el Atlántico. De estas montañas brotan los manantiales de donde los grandes ríos se alimentarán siempre para fertilizar el enorme valle, y ser vehículo de su comercio con el mundo. Fuera del alcance de estos ríos, en la vasta amplitud del norte, se encuentran los grandes lagos, que serán asimismo los servidores del comercio, y proporcionarán con su pesca medios de vida y de lujo a millares de personas. Estos mares mediterráneos atemperan el clima, en verano y en invierno, y aseguran salud al corazón del vasto continente. Nunca existió un país mejor dotado por la naturaleza."<sup>15</sup>

Aquí había un nivel de vida decente al alcance del hombre común. Aquí había ilimitadas materias primas que harían innecesarias tanto

<sup>14</sup> Wm. Cobbett, "The material Well-Being of the Americans", in *America in perspectiva*, *op. cit.*, pp. 28-29.

<sup>15</sup> Harriet Martineau, *op. cit.*, pp. 130-131.

la expansión territorial trasatlántica como las luchas civiles revolucionarias. Para empezar, en los Estados Unidos había demasiado territorio. No se sentía la necesidad de luchas, o civiles o de clase, ya que había tantas oportunidades de mejoramiento al alcance de todos. Esa riqueza hizo que hubiese un inconsecuente, si no inevitable desperdicio de recursos naturales. Porque cuando hay tal abundancia natural, cuando el hombre tiene que conquistar a la naturaleza en vez de adaptarse a ella, la maltrata porque está demasiado ansioso de cosechar su caudal y en el proceso puede devastar las cosas vivas de la naturaleza transformándolas en materias primas para el proceso industrial. Pero Martineau fue suficientemente perspicaz, y conocía bastante de economía, para darse cuenta de que la mayor riqueza material de Norteamérica era su gente. "Aunque pueda enorgullecer a una nación provenir de una sola rama, es a la larga mejor que esté compuesta de muchas naciones. A la larga se descubrirá que es con la mezcla de cualidades, físicas e intelectuales, con la desaparición de los prejuicios nacionales, con el aumento de los recursos mentales, con lo que se concurre en alto grado a la elevación del carácter nacional. Norteamérica se encontrará en este sentido con una gran bendición, por mucho que ahora se queje de la inmigración de los extranjeros." <sup>16</sup>

Sin embargo, por clásica que fuera la idea de la abundancia americana, no era sólo el hecho de la existencia de esta abundancia, sino de cómo se ingeniaba su utilización a la máxima capacidad, lo que intrigaba e interesaba más a los observadores extraños. Y aquí iba a jugar su papel el primer anuncio de la ideología americana. "Las oportunidades de trabajo y la actividad de los negocios eran muy abundantes. La ociosidad y la negligencia, si aparecían asociadas a la pobreza, eran condenadas como actos delictivos. La mentalidad que se desarrollaba en este ambiente glorificaba al 'hustler' (buscador) y al 'gogetter' (el emprendedor), y despreciaba al que se dedicase a algo que no fuese inmediatamente práctico." <sup>17</sup> En resumen, todo hecho social se traducía en una corriente moral, en lo que Perry llamó la "economía moral". Así, el pasado americano se impregnó de una misión divina; el éxito no era tanto un bien social como una prueba de competencia moral. La "economía moral" se asoció extrañamente al "atleta moral", hecha

<sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 131.

<sup>17</sup> Morris Raphael Cohen, *American Thought: A Critical Sketch*. Nueva York: Collier Books, 1962, p. 33.

para el "individuo esencial".<sup>18</sup> En tal esquema la sociedad no podría ser más que el instrumento que serviría para los impulsos y direcciones del individuo. Y la economía de *laisser-faire* sirvió de modelo para fundir la abundancia material y la oportunidad humana. Esto se ve claramente en la interesante observación de Mackay sobre la estratificación en Norteamérica; su punto básico es que si el amor al dinero puede ser una característica psicológica universal, la facilidad para obtenerlo es una característica social sumamente particular.

"El amor al dinero es considerado por muchos como un rasgo típico del carácter norteamericano. Me temo que ésta es una debilidad de la que universalmente la humanidad puede considerarse culpable. Pero es muy cierto que es una pasión absorbente en los norteamericanos. Esto no puede negarse, pero sí puede explicarse. Norteamérica es un país en el que las fortunas aún están por hacerse. La riqueza da gran distinción, y la riqueza está, más o menos, al alcance de todos. De aquí el esfuerzo universal. No todos pueden hacerse ricos, pero todos tienen la oportunidad de asegurarse un premio. Esto estimula la carrera; de ahí el orgullo de la competencia. En este país (Inglaterra), en cambio, la lotería se terminó hace mucho y, con algunas excepciones, los grandes premios se agotaron ya. Para la mayoría de la gente la riqueza es totalmente inalcanzable. A lo más que pueden aspirar es a ser competentes, y aun en eso, muchos se quedan cortos. Los hombres desfallecen pronto en una búsqueda sin esperanza. De ahí que en este país el empuje no sea tan feroz, tan universal."<sup>19</sup>

4) Una extraña ambigüedad sobre la estructura política norteamericana prevaleció desde la época colonial hasta el siglo diez y nueve. La política práctica de los Estados Unidos se describía muy frecuentemente como corrompida y sujeta a los caprichos de las masas ignorantes.<sup>20</sup> La moral política sorprendía con frecuencia a los observadores extranjeros. Rara vez se aceptaba que los funcionarios electos fuesen personas de alta sensibilidad; y menos aún que lo fuesen los funcionarios del tipo "Tammany Hall". Rara vez se trataba de hombres de negocios

<sup>18</sup> Ralph Barton Perry, *Puritanism and democracy*. Nueva York: The Vanguard Press, 1944, esp. pp. 245-296.

<sup>19</sup> Alexander Mackay, "Every American is an Apostle of the Democratic Creed", en *America in Perspective*, *op. cit.*, p. 119.

<sup>20</sup> Esta fue una motivación profunda aún en los mejores análisis del sistema político norteamericano. Véase, por ejemplo, M. Ostrogorski, *Democracy and the Organization of Political Parties*. Vol. II: *The United States*, editado y abreviado por Seymour Martin Lipset. Garden City, Nueva York: Doubleday & Co., 1964.

que inspiraran confianza, y con menos frecuencia aún provenían de la clase intelectual quienes militaban en las filas políticas. Dicey observaba que a medida que los Estados Unidos se volvían menos "anglo" y más "americanos", menor era el número de hombres educados que participaban en la política. En contraste con la época colonial, la calidad del liderazgo bajó al tiempo que aumentaba el consenso de las masas, a lo que Dicey llama llanamente "uniformidad". En otras palabras, el precio pagado por montar la estructura democrática fue esa tendencia a aceptar un nivel más bajo en el funcionario público.<sup>21</sup>

Lord Bryce vio que la misma condición de inmoralidad pública alcanzaba a los administradores y a los legisladores. Como de hecho eran "hombres comunes", y considerados por ellos mismos y por los demás como "hombres comunes", rara vez el sentido de un propósito elevado corría en ellos a la par con sus altas responsabilidades. Lo que más inquietaba a Bryce no era tanto el efecto que ello ejercía en la sociedad como un todo, sino la manera como reforzaba la idiosincrasia democrática. La corrupción política producía cierta apatía entre las clases dominantes y las mentalidades fastidiosas. Puesto que veían que ellos mismos no eran más importantes que el votante común, y molestos con la vulgaridad superficial de la vida pública, se abstendían ostensiblemente de participar en política para dedicarse a actividades apolíticas y culturales. La visión de Norteamérica de Bryce se reducía, evidentemente, a las grandes ciudades marítimas del Este.<sup>22</sup>

Sin embargo, a pesar de (o por) las vulgaridades de la vida política norteamericana, a la mayoría de los comentaristas les pareció que el norteamericano tenía una fe extraordinaria en sus instituciones políticas formales. No sólo no estaba el norteamericano dispuesto a desafiar el orden político; estaba inclusive poco inclinado a desafiar su sordidez. El norteamericano veía en esos exagerados despliegues de políticos vulgares la clase de populismo que se creía era la esencia de la democracia y del espíritu democrático.

Esta combinación entre el formalismo político y el populismo político indujo a Ostrogorski a ver la solución del dilema en el más amplio uso posible de los sentimientos populistas de los norteamericanos. "La base moral de la acción política se fundó a lo largo y a lo ancho de

<sup>21</sup> Véase Edward Dicey, *Six months in the Federal States* (dos volúmenes). Londres: Macmillan & Co., 1863.

<sup>22</sup> James Bryce, *The American Commonwealth* (dos volúmenes). Nueva York: Macmillan & Co., 1888.

los Estados Unidos en las luchas por la emancipación, bajo la forma de 'comités de los setenta' o de 'los cien', o de 'movimientos del ciudadano', o de 'los mugurumps' (secuaces de un partido que se reservan la independencia de su voto), o de 'ligas' o 'federaciones civiles', todos los cuales representaban asociaciones libres de hombres que se unían por una causa particular, y que hacían completamente a un lado, por el momento, sus puntos de vista acerca de cualquier otro problema político. En estos movimientos el nuevo método recibió su bautismo de fuego y mostró lo que era capaz de hacer. Por medio suyo ha sido posible combinar todas las fuerzas vivas de la sociedad norteamericana para luchar contra la corrupción política, y ganar victorias que nos permiten no desesperar de la democracia norteamericana y del gobierno del pueblo por el pueblo. Tanto en el orden de los grandes problemas nacionales como en la vida municipal, las 'ligas' han provocado el despertar cívico; todas las grandes reformas que se han hecho para depurar la vida política, empezando por la del servicio civil, se deben a su iniciativa o a sus esfuerzos; acabaron con las reglas vigentes que favorecían la tiranía de partido y la corrupción, oponiendo a las convenciones tradicionales y a las formalidades rígidas, que congelaban y ahogaban todo cuanto caía bajo su puño, la libertad de movimiento para el ciudadano en la vida pública y la plena luz de la libre deliberación." <sup>23</sup>

Cualquiera que sea el realismo o la falta que de él haya en las sugerencias de Ostrogorski, éste señaló realmente los éxitos así como el dilema de la política norteamericana del siglo diez y nueve. Viéndolo retrospectivamente, podría decirse que la propia tensión que hubo entre la corrupción política y la participación de las masas tuvo un efecto estimulante en el proceso del desarrollo, ya que la maquinaria política en su forma salvaje, desinhibida no se elevó como un bastión contra el desarrollo. Se pagó el precio necesario, pero el trabajo se hizo. Esto fue un hecho en el nivel nacional y en el local y debido a ello, el desarrollo económico de Norteamérica no fue frenado por el proceso político norteamericano, reconocido como engorroso.

5) Una de las etiquetas que más frecuentemente se le cuelgan al norteamericano es su materialismo. El sentido que se le da a la palabra cubre un amplio espectro desde el crudo cargo de "hace-dinero" hasta la exclusión de cosas del espíritu, y finalmente, hasta la sutil racio-

<sup>23</sup> M. Ostrogorski, *op. cit.*, p. 365.

lización filosófica del materialismo norteamericano como si fuera en efecto un ideal estético.

Charles Dickens consideró que el principal problema de los norteamericanos era un apasionamiento por lo real hasta el punto de excluir el ideal. De Tocqueville, por su parte, explicaba el materialismo norteamericano como una consecuencia inevitable y natural de un estado mental igualitario. Mientras el escritor polaco Adam de Gurowski vio el énfasis en la adquisición material como algo de lo que todo norteamericano podía sentirse orgulloso. Sin embargo, todos los observadores intuyeron una peculiaridad distintiva en el materialismo norteamericano; esto es, que la pasión por hacer dinero no brotaba de una propensión innata a la avaricia, ni de un deseo de opulencia, sino que era más bien consecuencia del gusto por el juego de la oportunidad. "Con todos los muchos y oscuros inconvenientes de esta propensión a hacer dinero, no genera avaricia en los norteamericanos. Si generalmente llegan a buscar con verdadera furia el dinero, lo gastan con la misma liberalidad con que lo hacen. Si se les llama hombres del dólar, en todo caso no son cazadores de centavos. Una economía parsimoniosa no es su característica y generalmente la carrera tras los dólares, la sed de ganancias, no hace de ellos avaros despreciables o duros para con los demás." Tal como lo ve De Gurowski, esta corriente es básicamente autónoma, lo que en términos modernos se llamaría una búsqueda anómicamente conducida, esto es, independientemente de un marco de referencia o conjunto de fines firmemente establecidos. "El dinero se hace no sólo con el fin de hacerse independiente y rico y de gozar de ambas cosas, sino por hábito —en vista de que cualquiera otra ocupación agradable parece imposible. Se convierte en un excitante intelectual, en una prueba de destreza. Se vuelve un juego, profundamente combinado, complicado— una lucha con hombres y circunstancias, excitante, cautivador, terrible, mano a mano, de hombre a hombre, de astuto con astuto." Es interesante observar que De Gurowski ve esta tendencia a la adquisición de bienes materiales como algo que ocurre, precisamente, en una atmósfera de escasez cultural. "La vida socialmente apasionada de Europa, diversificada, y llena de diferentes placeres, da al ganador afortunado nuevas perspectivas, atracciones de una naturaleza que la sociedad no ofrece, produce o crea en Norteamérica." <sup>24</sup>

<sup>24</sup> Adam G. de Gurowski, "The Practical Genius of the American", en *America in Perspective*, op. cit., pp. 157-170.

Para Hugo Munsterberg este materialismo económico termina en un idealismo filosófico. Munsterberg ve la orientación del hace-dinero implicada en una transvaluación de valores. "La verdadera atracción que siente el norteamericano por hacer dinero no radica tanto en el tener como en el obtener; se deduce de la perfecta ecuanimidad, totalmente extraña para los europeos, con que soporta sus pérdidas. Indudablemente, su incontenible optimismo lo mantiene firme en su sitio; nunca desespera, sino que confía en que lo que ha perdido pronto lo recuperará. Pero esto no sería consuelo para él si no le importara mucho menos la posesión que la obtención. El norteamericano corre tras el dinero con toda su fuerza tal como en el campo de tenis trata de pegarle a la pelota, y es el juego lo que le gusta y no el premio". Es de notar que la analogía del juego es casi endémica al referirse a la escena americana. Es sorprendente el propio hecho de que tantos observadores del diez y nueve usaran el juego como metáfora para describir el modo de vida norteamericano. Pero quizás lo que caracterizaba esta noción metafórica del juego era la fe en el idealismo que impulsaba a los jugadores. "Es fundamentalmente falso estigmatizar al americano como materialista y negar su idealismo", sigue Munsterberg para concluir: "La vida económica significa para el norteamericano la realización de esfuerzos que son en sí mismos preciosos. No es el medio para llegar a un fin, sino su propio fin".<sup>25</sup>

George W. Steevens vio el materialismo norteamericano en forma mucho menos halagüeña. No era un ejemplo de idealismo filosófico sino de empirismo adolescente. La clave de este materialismo es su necesidad impulsiva de expresar externamente todos los sentimientos por los medios más crudos y objetivos. "Los norteamericanos son las personas más expresivas de todo el mundo. Todo debe sacarse a la superficie, encarnado en forma visible y palpable. Para que un hecho produzca algún efecto en la mente norteamericana debe dársele forma, de manera que pueda verse, oírse, tocarse. Si quieres impresionar a tus semejantes debes hacerlo no a través de su poder de raciocinio sino a través de los cinco sentidos de su cuerpo." Steevens ve también en este materialismo los cimientos del peculiar tipo de patriotismo que muestra el norteamericano y nuevamente la analogía con el empirismo adolescente tiene que ver con el espíritu de sus observaciones: "Al más patriota de los hombres, su patriotismo parece centrarse siem-

<sup>25</sup> Hugo Munsterberg, "A Philosopher explains the American Passion for Money", en *America in Perspective*, *op. cit.*, pp. 261-269.

pre en su bandera más bien que en su país. Puede ver la bandera pero no puede ver el país. ¿Por qué se cubre con infantiles botones e insignias? Porque se pueden ver y los sentimientos de su mente no pueden verse. No leen a Shakespeare, pero considerarían casi como un pecado visitar Inglaterra sin ir a ver la casa de Shakespeare. En los negocios son los anunciantes más infatigables e ingeniosos del mundo. En el vestido se muestran vanos, debido a la misma reverencia por lo concreto e indiferencia para lo abstracto.”<sup>26</sup>

En suma, el materialismo norteamericano es efectivamente equivalente al desarrollo como noción económica; esto es, conceptos del desarrollo en términos de cultivarse o de cultura no impresionaban al ciudadano americano. No era que el americano no creyese en el arte. Era que su visión del arte era en sí misma funcional. Lo estético encarnaba en el objeto — en el objeto como instrumento para hacer. El operacionalismo no era sólo una palabra para designar un juicio sobre las cosas, sino la manera como funcionaban, ya que la forma en que las cosas funcionaban era en sí misma objeto de importancia estética. La permanente reverencia con que el norteamericano hace exhibiciones de automóviles o de barcos no es muy diferente a la que tiene el italiano para la Capilla Sixtina. La estética es diferente, pero está allí, y era este genio para mezclar los juicios estéticos con los juicios prácticos lo que fascinaba tanto a hombres como De Tocqueville, quien ciertamente no sólo vio la influencia de la democracia en la ciencia y en las artes, sino que también apreció el grado en que las artes y las ciencias influyeron en la estructura de Norteamérica”.<sup>27</sup>

Este materialismo práctico dio así lugar a una estética totalmente nueva y absolutamente distinta en espíritu a la del sistema europeo. Los norteamericanos no eran reputados como personas de excelencia artística o intelectual, y por ello no han sido juzgados por sus producciones culturales, al menos no lo fueron en el siglo diez y nueve. No sólo se había producido en los Estados Unidos una decadencia general del “caballero culto”, desde que se fundara la República, sino que inclusive los hombres cultos parecían considerar al intelecto de manera totalmente distinta que los europeos. Así, puede decirse que el norteamericano se fue volviendo educado a medida que se fue volvien-

<sup>26</sup> George W. Steevens, “The American is an Electric Anglo-Saxon”, en *America in Perspective*, *op. cit.*, pp. 254-260.

<sup>27</sup> Alexis de Tocqueville, *op. cit.*, pp. 265-278.

do masa — menos preocupado por cultivarse y por los modales y por consiguiente no afectado, pues, por su educación. Como dice Madariaga en forma más bien caprichosa: “Están hambrientos y sedientos de información — hechos, historias. Nada de tus pedantes materiales para estos estupendos muchachos que pueden divertirse fabricando juguetes y jugando con ellos. Conocimiento, sí. A toda costa. Algunos chicos deben saber cuanto se refiera a cómo se hacen los juguetes y se mueven de un lado a otro y se distribuyen adecuadamente en el cuarto de juegos, o no habría diversión. La sabiduría está bien. Se puede verificar y buscarle alguna utilidad, tanto para hacer algo con ella como para distraerse, por así decirlo. Se puede convertir en un juguete, de modo que usando pequeñas máquinas con lámparas de colores y botones y conmutadores, los resortes del alma de la máquina puedan mostrarse a todos los compañeros de juego”.<sup>28</sup>

Sin embargo, Madariaga está pensando, sin duda, en un periodo muy posterior de la historia de Norteamérica. En los años de formación había realmente un profundo deseo de formar gente y no simplemente de fabricar máquinas de hechos. Aún no había la clase de profesionalismo que invade hoy el campo educacional. La división del trabajo no se extendía hasta la esfera del estudio, donde la noción de educación general, la educación en las artes liberales y de una capacitación completa prevaleció a lo largo del siglo diez y nueve. El entrenamiento profesional no aparece sino a fines del siglo diez y nueve o hasta que ocurre la verdadera consolidación de la marcha industrial norteamericana. El concepto del conocimiento como equivalente de una cuenta bancaria, como de algo de lo que se puede echar mano según el derecho que se tenga dada la cantidad de riqueza en información que se guarde, corresponde a la etapa del desarrollo americano en que la industria eclipsa a la agricultura como la principal fuente de riqueza.

Lo que facilitó la transición de la orientación ocupacional hacia la orientación profesional fue el énfasis tradicional que los norteamericanos ponían en los métodos de trabajo más que en los productos del trabajo. La falta de conocimientos abstractos nunca impidió que el americano se lanzara adelante sobre una base experimental y operacional.<sup>29</sup> Siegfried lo explica así: “El nuevo mundo no es en for-

<sup>28</sup> Salvador de Madariaga, “Americans Are Boys”, en *America in Perspective*, *op. cit.*, pp. 297-309.

<sup>29</sup> Irving Louis Horowitz, “Professionalism and Disciplinaryism: Two Styles of

ma alguna hostil a que a idea general se use como fuente de inspiración, pero aunque el norteamericano siente que, a pesar de todo hay alguna laguna que llenar, su reacción no es la del clasicista. No tiene la tentación de considerar la posibilidad de educar especialistas en ideas generales, esto es otra clase de especialistas. En todo parece estar más interesado en los métodos que en las cosas mismas".<sup>30</sup> Puede decirse entonces que la orientación metodológica fue el puente que permitió al norteamericano pasar de una base agrícola a una base industrial, de una educación universalista a una particularista, con el mínimo de dificultad.

Es importante tomar en cuenta que las críticas dentro de los propios Estados Unidos durante el diez y nueve se localizaban en su mayoría entre la recién formada aristocracia, esa diminuta porción de la sociedad norteamericana que permanecía al margen y que prefería la cultura de Francia o Inglaterra y la cortesía española al áspero filisteísmo del estilo norteamericano. El intelectual norteamericano, por lo tanto, ha sido clásicamente un conservador en contraste con el intelectual europeo, que era clásicamente un radical. Tendía a aislarse de las otras clases y aun de los miembros de su propia clase. Y debido a esto, las críticas que hacían de los Estados Unidos los norteamericanos del diez y nueve son imitaciones, casi trivialidades. Sólo con el antiimperialismo de James, casi al final del siglo, aparece una crítica de importancia a la política exterior norteamericana. Por ello puede decirse que recurrir a escritores europeos para trazar una imagen de Norteamérica no es solamente una manera de escapar de formas de escribir etnocéntricas, sino necesidad imperiosa en vista de este peculiar divorcio de los intelectuales norteamericanos del acontecer norteamericano.

Lo que por consiguiente es más notable de los Estados Unidos, lo más puramente representativo del Primer Mundo, es lo uniformes que han sido las interpretaciones de sus características históricas. Casi siempre se alude a la iniciativa, el optimismo, el materialismo, la fe y la devoción al trabajo intenso. Aun cuando las interpretaciones de estas variables difiera agudamente, son pocos quienes ponen en duda los hechos que delimitan la Weltanshaung. Quizás la causa de que haya

Sociological Performance", *Philosophy of Science*, vol. 31, Nº 3, julio, 1964. También Everett C. Hughes, *Men at Work*, Glencoe, Ill.: The Free Press, 1958; y C. Wright Mills, *Sociology and Pragmatism: The Higher Learning in America*. Nueva York: Paine-Whitman, 1964.

<sup>30</sup> André Siegfried, *op. cit.*, p. 356.

tan notable uniformidad tenga menos que ver con los hechos que con las proyecciones de lo que constituye el americanismo. Pocas naciones en el mundo, superdesarrolladas, en franco desarrollo o subdesarrolladas, tienen tal pasión por una meta teleológica como la norteamericana. Persiguen la "finalidad" con la misma tenacidad, aunque con menor seguridad, con que el devoto religioso trata de alcanzar la Providencia y el devoto político de llegar a la Utopía. "Hay algo extrañamente regresivo en el espectáculo de los Estados Unidos reduciéndose a sí mismos a la estatura de una nueva nación que necesita un destino manifiesto".<sup>31</sup> Y quizás en esta búsqueda de la finalidad se aclare una gran verdad del liderazgo de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial: porque de la orientación pragmática, pluralista y problemática atribuida a los Estados Unidos por De Tocqueville, el país pasa a representar una búsqueda monolítica de un significado único, característico de los históricos imperios mundiales burocráticos en los cuales hay la tendencia a generalizar y monopolizar la toma de las decisiones políticas y el poder en general.<sup>32</sup>

Aquellos que aspiran a celebrar a los Estados Unidos como una primera nación o como una joven nación o quienes ven en ellos sólo la continuidad de la tradición, harían bien en recordar las palabras de Gilbert Keith Chesterton: "Una vez que rechazamos, como inevitablemente lo hacemos después de pensarlo un instante, la caprichosa metáfora física comprendida en la palabra 'juventud', ¿qué prueba sería tenemos de que Norteamérica represente una fuerza fresca y no estancada? Tiene una gran población, como China; tiene gran cantidad de dinero, como el vencido Cartago o la decadente Venecia. Está llena de bullicio y es excitante, como Atenas después de su ruina, y todas las ciudades griegas en su decadencia. Se entusiasma con las cosas nuevas; pero los viejos siempre gustan de las cosas nuevas. Los jóvenes leen crónicas, pero los viejos leen periódicos. Admira la fuerza y la buena presencia; admira en sus mujeres una belleza grandiosa y bárbara, por ejemplo, pero lo mismo hacía Roma cuando los godos estaban a las puertas. Todas estas cosas son compatibles con un tedio fundamental y decadente. Hay tres principales tipos de símbolos con los que una nación puede mostrarse a sí misma satisfecha

<sup>31</sup> Véase "The Concept of National Purpose", de David Riesman, en Council for Correspondence Newsletter, Nº 27 (junio, 1963), p. 11.

<sup>32</sup> Véase de S. M. Eisenstadt, *The Political Systems of Empires*. Nueva York: The Free Press of Glencoe, 1963, especialmente la conclusión, pp. 361-371.

y grande: por el heroísmo en el gobierno, por el heroísmo en las armas y por el heroísmo en el arte. Más allá del gobierno que es, de hecho, la verdadera forma y cuerpo de una nación, la cosa más significativa de un ciudadano es su actitud artística hacia un día de fiesta y su actitud moral hacia una pelea — esto es, su manera de aceptar la vida y su manera de aceptar la muerte. Sometida a estas pruebas eternas, Norteamérica no parece en ningún sentido particularmente fresca o virgen. Se nos muestra con todas las debilidades y fatigas de la moderna Inglaterra o de cualquier otra potencia occidental”.<sup>33</sup>

Esto no debe verse meramente como una crítica sino como un reto para estudiar a los Estados Unidos como una primera nación, pero una nación cuya novedad es del siglo veinte más que de sus orígenes del siglo diez y ocho.

## II

La percepción norteamericana de sí misma se mantiene fija, atrofiada, en términos de exuberante optimismo acerca del futuro, preocupación por el bienestar material, moralización, una fe en el igualitarismo, y un igualitarismo de fe. Como indicaba Boorstin, es una sociedad cuyos miembros aún están convencidos de que son incomprendidos por todos, y que esta incompreensión brota de un celo básico de la gente desposeída.<sup>34</sup> Curiosamente, aun aquellos que se esfuerzan en revalorar esta “imagen”, que se dedican a eliminar el “etnocentrismo” en el pensamiento norteamericano son con poca frecuencia culpables de un despliegue anhelante y condescendiente de lo que está bien y lo que está mal parecido al de un catálogo de falsos estereotipos. Así, en un esfuerzo reciente dentro de la línea de auto-depuración, “un manual para los norteamericanos en el extranjero”,<sup>35</sup> encontramos todó menos lo que importa: En primer lugar, ¿por qué hay millones de norteamericanos en el extranjero? Parecería que una respuesta a esta pregunta sería más útil que todos esos consejos a la manera de Dale Carnegie que se dan a los que quieren ser amados

<sup>33</sup> Gilbert Keith Chesterton, “Is America a Young or a Dying Nation?” en *America in Perspective*, op. cit., pp. 270-274.

<sup>34</sup> Daniel J. Boorstin, *American and the Image of Europe: Reflections on American Thought*. Nueva York: Meridian Books, Ind., 1960.

<sup>35</sup> Conrad M. Arensberg y Arthur H. Niehoff. *Introducing Social Change: A Manual for Americans Overseas*, Chicago: Aldine Publishing Company, 1964.

y a los viajeros fatigados para que consigan ese tipo de simpatía tan desesperadamente deseada por los norteamericanos en el extranjero, y de la que tan amargamente han carecido hasta ahora.

Quizás el estudio personal más importante sobre los Estados Unidos fue el que hace más de un siglo hizo Alexis de Tocqueville. Pero cuando llegamos a los tratados de Marx sobre Norteamérica, los propios "enemigos implacables del dogmatismo" se vuelven marcadamente estériles al aceptar a De Tocqueville sin un espíritu crítico.<sup>36</sup> En cierta medida, esto no es más que una respuesta a un impulso elogioso. De Tocqueville habló bien de los Estados Unidos. Aun sus aristocráticas críticas de la democracia norteamericana están hechas con tal clase de respeto generoso por los éxitos revolucionarios de la primera nueva nación, que difícilmente pueden irritar al devoto creyente en el destino manifiesto.

Es poco conveniente solazarse en los juicios del siglo diez y nueve, a menos que estemos dispuestos a afirmar que las condiciones empíricas que prevalecían en la época en que De Tocqueville, Martineau y Ostrogorski escribían, prevalecen aún. Pero si la situación es radicalmente distinta, como yo sostengo que lo es, entonces los juicios deben emitirse en términos que reflejen el nuevo juego de parámetros que definan el presente. Seguramente el propio De Tocqueville sabía esto. En consecuencia, habló del gobierno democrático en Norteamérica. "La política exterior de los Estados Unidos está reducida por su propia naturaleza a esperar los azares de la historia futura de la nación, y por el momento consiste más en abstenerse de interferencias que en ejercer su actividad".<sup>37</sup> Esta abstinencia terminó abruptamente con la primera Guerra Mundial. En este momento los Estados Unidos se convirtieron en el Primer Mundo.

Hans Kohn se dio plena cuenta de esto cuando dijo que "el punto de cambio de los Estados Unidos fue la guerra de 1914". Siguió explicando que "unió los destinos de las dos orillas del Norte del Atlántico de nuevo tan cercanamente como habían estado en el siglo diez y ocho". Pero esta vez las posiciones superordenadas y subordinadas se cambiaron drásticamente. "A pesar de que los europeos no se dieron cuenta de ello y continuaron su lucha por mantener un

<sup>36</sup> Véase, por ejemplo, Seymour Martin Lipset, "Political Sociology", en *Sociology Today: Problems and Prospects*, ed. por R. K. Merton, Leonard Broom y L. S. Cottrell, Jr. N. York: Basic Books, Inc., 1959, pp. 81-114.

<sup>37</sup> Alexis de Tocqueville, *op. cit.*, p. 138.

balance europeo del poder, pujando por una hegemonía europea como si ningún cambio fundamental hubiese ocurrido, el fin de la guerra marcó también el eclipse político de Europa fue un infortunio tanto para Europa como para los Estados Unidos que ninguno se diera cuenta o lo quisiera reconocer. Sin embargo, en 1917, la sola entrada de los Estados Unidos en lo que había sido hasta entonces una guerra para mantener la balanza del poder en Europa, salvó a Europa de las consecuencias de una victoria alemana en los frentes orientales y occidentales y de la hegemonía alemana sobre todo el continente".<sup>38</sup> Pero si los Estados Unidos "salvaron" a Europa de la hegemonía alemana, hicieron muy clara su propia tajada en los asuntos del mundo. Y desde este punto en adelante, los Estados Unidos han sido de hecho, se les reconozca o no, el líder del Primer Mundo del desarrollo socioeconómico.

Los Estados Unidos se convierten en el Primer Mundo apenas en el siglo veinte, sólo cuando se les compara con el Segundo Mundo del desarrollo soviético y con el Tercer Mundo. Mientras los Estados Unidos representaban una parte de un mundo europeizado homogéneo, no eran realmente el Primer Mundo. No tenían posibilidades de ser el líder; porque por mucho que los Estados Unidos apareciesen como un objeto de gran curiosidad en las dos centurias anteriores, los observadores europeos nunca soñaron que la cola del Nuevo Mundo fuese a meneársele al perro del Viejo Mundo; que Norteamérica serfa el líder y Europa quien lo siguiese dentro del marco de un capitalismo industrial.

En otras palabras, hay una marcada distancia cualitativa respecto de épocas pasadas. No es ni útil ni instructivo pensar en los Estados Unidos solamente en términos históricos. Lo que hay que tomar en consideración es la ruptura radical entre el pasado y el presente, entre la época en que los Estados Unidos eran parte de la expansión europea y la época en que los Estados Unidos son el líder en una fase contractiva de lo que ha venido a conocerse como civilización occidental.

A pesar de las guerras que ha llevado a cabo el occidente, la desigualdad económica se ha hecho más notoria. La brecha que separa a las naciones pobres de las naciones ricas se ha ensanchado. Al mismo tiempo la distribución de la riqueza cambia tan espectacularmente

<sup>38</sup> Hans Kohn, *op. cit.*, 205-206.

que el centro tradicional de la riqueza se desplaza de Europa a los Estados Unidos. Europa, y específicamente Inglaterra, Francia y Alemania declinan como potencias mundiales. Europa, y no solamente las potencias del Eje, fue vencida en la segunda Guerra Mundial. Militarmente, económicamente, políticamente y culturalmente, los Estados Unidos se convierten en el poder central del bloque occidental. A tal punto consolida su sustancia y estilo en un verdadero Primer Mundo: medida de carencias universales así como de necesidades universales.

Pero con el sólo acto de convertirse en un Primer Mundo pagaron un tributo indirecto al poder y a la potencia del otro que se ha generalizado, el Segundo Mundo: del desarrollo soviético. El Primer Mundo conserva el hilo de las afiliaciones internacionales militares y políticas, una red de asociaciones calculadas para impedir al Segundo Mundo que ejerza cualquier influencia internacional; y más esencialmente, destinada a evitar que el Tercer Mundo adopte cualquier estrategia o principio concreto "socialista" antioccidental. Al emerger el Primer Mundo como una entidad consciente ha sobrevenido una drástica inflación de nacionalismo y retórica nacionalista; precisamente hasta el extremo de que el Primer Mundo se moviliza y homogeneiza en una "Comunidad del Atlántico", una órbita "democrática occidental", un "frente civilizado contra la barbarie", y los mismos Estados Unidos se transforman de una nación-Estado en una civilización mundial.

Los Estados Unidos se han convertido en un Estado "de bienestar social" internacional. Económicamente, ha sellado su órbita; y de varios modos despliega su economía como un instrumento para alcanzar fines políticos y militares. Los movimientos de protesta se han incorporado totalmente dentro del Primer Mundo a la economía nacional y esto ha hecho del socialismo, como movimiento dentro de esas capas, parte de los más amplios designios nacionalistas. Aquellas capas que aún no se absorben, tales como los grupos negros y otras minorías étnicas, han visto tan severamente circunscritos sus movimientos de protesta que sus metas visibles son poco más que una afirmación parroquial para participar en el festejo nacional.

Una manera de apreciar el impacto producido porque el Primer Mundo haya sellado su órbita y se haya separado, aunque imponiéndose a ella, de Europa, la proporciona Louis Hartz. "El fracaso norteamericano para comprender la revolución se deriva no solamente de

la experiencia formal de la fragmentación. Proviene del momento en que se produjo la separación norteamericana del desarrollo europeo, el momento burgués, en que por el complicado mecanismo de la evolución fragmentaria canceló el "futuro" socialista. De ahí la implícita existencia de una incapacidad para comprender el atractivo del propio socialismo. La virtud macartista está acompañada en casa de una frustración con respecto al origen del pecado de afuera. Pero es precisamente la promesa de modernidad que ofrece el socialismo, en el contexto del orden tradicional, la raíz de ese atractivo... La vida dentro del fragmento norteamericano, que no conoce ese ethos, sea como carga o como tentamiento; como algo que hay que olvidar o algo inolvidable, no puede medir el significado de esta promesa".<sup>39</sup>

A pesar de lo perspicaz de esta explicación, hay un punto importante que queda sin respuesta: los Estados Unidos no se han "fragmentado" o "apartado" simplemente de la corriente principal del desarrollo; ofrecen también un camino básico para posteriores desarrollos de las sociedades tradicionales. Y es aquí donde la contradicción se hace especialmente notoria. Puesto que no es solamente el fracaso para comprender la revolución lo que está en juego, sino el fracaso para llegar a un acuerdo con la revolución social. De las diversas propiedades que puede decirse definen lo que es realmente novedoso de la experiencia del siglo veinte, casi todas ellas se basan en lo tecnológico, y se pueden invocar pocas, es que están en cambios o innovaciones sociales peculiares, si es que se puede invocar alguno. Inclusive los cambios sociales que han ocurrido son en gran medida una consecuencia de las invenciones tecnológicas y científicas. La unidimensionalidad del sistema social norteamericano sirve para minar la revolución social tanto como para promover la robotización tecnológica. Es, pues, esta contradicción interna lo que hace de los Estados Unidos un "modelo" difícil para el resto del mundo, y a su vez, lo hace tan impermeable a las revoluciones sociales promovidas desde fuera.

La idea de los Estados Unidos como modelo del futuro ha sido grandemente modificada debido a la competencia con otros estilos de desarrollo económico y social y con otras formas de organización política. En el orden interno se ha visto severamente circunscrita por el cierre de la frontera y la reducción de la inmigración. Este dramá-

<sup>39</sup> Louis Hartz, "United States History in a New Perspective", *The Founding of New Societies*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, Inc., 1964, pp. 119-20.

tico cambio en la psicología del tamaño y la importancia fue subrayado en un informe reciente de la Rockefeller Foundation: "La imagen que tienen de los Estados Unidos, al menos inconscientemente, los norteamericanos es el de un gran continente, dotado de recursos virtualmente ilimitados, que disfrutan de un poder fácil y está favorecido con una población tranquilizadamente grande y creciente. Esa imagen cambiará en las próximas décadas. En comparación con los vastos y amorfos grupos nuevos que están alcanzando ahora expresión política, el hecho sobresaliente de los Estados Unidos puede llegar a parecerlo su carácter comparativo. Entre sus características, será notable el alto grado de pericia, su elaborada organización y una refinada tecnología. Su convicción de autosuficiencia será sustituida por la toma de conciencia de la gran medida en que dependen sus relaciones con otros países para obtener materias esenciales y para tener una atmósfera en la que poder respirar y ser ellos mismos".<sup>40</sup>

Cuando los Estados Unidos tenían fronteras abiertas, regiones inexploradas y tierras libres, conservaban muchos de los valores de una sociedad agrícola. Los primeros cien años de experiencia norteamericana son únicos en el sentido de no haber mostrado ansiedad por su desarrollo económico. Si exploramos el carácter de las innovaciones tecnológicas y de las invenciones en ese temprano periodo, hallaremos muy a menudo que su orientación se dirigía hacia la maquinaria agrícola y a los medios de lograr eficacia en las cosechas. Aunque no puede haber duda alguna de que estos adelantos técnicos conectados con la producción agrícola estimularon la migración hacia las ciudades y generaron por sí solos desempleo técnico en el campo, la consecuencia de estos sucesos fue casi enteramente absorbida por una movilidad lateral, por movimientos hacia las tierras vírgenes y hacia territorios nuevos. Los problemas de conservación, por ejemplo, apenas si fueron tratados entre los años 1780 y 1870, precisamente debido a la abundancia.

El verdadero fin de la frontera abierta coincidió con el crecimiento de sistemas económicos mutuamente incompatibles en los Estados Unidos. Desde un punto de vista económico, la Guerra Civil implicaba desarrollo social, al confrontarse agudamente el industrialismo naciente representado por los intereses del Norte y la decadente agricultura

<sup>40</sup> The Mid-Century Challenge to U. S. Foreign Policy, Panel I Report de la Rockefeller Brothers Fund Special Studies Project. Garden City, Nueva York: Doubleday & Co., 1959, p. 58.

representada por los intereses del Sur. Considerada así, la esclavitud era un obstáculo para el Norte, que impedía la rápida movilización de mano de obra primaria para las fábricas, mientras que en el Sur tenían a la esclavitud por absolutamente necesaria porque de todas las relaciones económicas sólo ella podía mantenerse a un costo más barato que los sustitutos tecnológicos. La liquidación de la esclavitud significaba que, cualquiera que fuese la solución al problema económico en el periodo que siguió a la Guerra Civil, tendría que basarse en el triunfo de la máquina sobre el trabajo humano, de la "tecnología científica" sobre la "ley natural". Así, el humanitarismo de la Guerra Civil, el clamor contra la esclavitud, fue una respuesta a las necesidades de una sociedad industrial. La Guerra Civil trajo consigo no simplemente el fin de la esclavitud, lo que es un punto discutible, pero sí, inequívocamente, el fin de la época agrícola en la historia norteamericana, el fin de cualquier solución económica que se basase en las tierras libres y en las fronteras abiertas.

Así fue como el periodo de partida de la post-Guerra Civil en los Estados Unidos, desde 1870 hasta 1914, fue testigo de un enorme crecimiento industrial en las regiones del norte y del centro de los Estados Unidos. El cordón industrial se unió a un cordón urbano. La "Megalópolis" se extendió desde Nueva York hasta Chicago y hacia el oeste y desde Boston pasando por Filadelfia a lo largo de la llanura costera, Estados como Pennsylvania, Massachusetts y Ohio fueron los grandes beneficiarios de este desarrollo seccional, ya que sus ciudades representaban, como lo hacen todavía, lo que ha venido a conocerse como el corazón industrial.<sup>41</sup> Durante ese mismo periodo hubo un estancamiento general en la región agrícola del sur del país. Lo que se ha llamado al referirse al Tercer Mundo el sacrificio del sector agrícola al sector industrial, también ocurrió en los Estados Unidos. La condición oprimida del Sur, durante el periodo postbélico, corresponde a las necesidades de un creciente imperio industrial que era al mismo tiempo un imperio capitalista. Las porciones agrícolas de la comunidad se dejaron languidecer arrastrando así toda la mano de obra sobrante hacia la industria. Al mismo tiempo se le dio prioridad a la mecanización de la industria, aplicando esta mecanización a las tierras laborables con el consiguiente resultado de debilitar

<sup>41</sup> Para un trabajo importante que trate de estos asuntos, véase a Jean Gottman, *Megalopolis: The Urbanized Northeast Seaboard of the United States*. Nueva York: The Twentieth Century Fund, 1961.

el sector agrícola. Lo que es sorprendente en la desigualdad del desarrollo norteamericano no es que ocurra la clásica dicotomía de la industria y la agricultura, sino cómo el sector agrícola siguió aumentando su productividad frente a una creciente fuerza laboral "megapolitana" empleada en frentes de trabajo bien remunerados cada vez más amplios. Esto contrasta marcadamente con el desarrollo en el Segundo Mundo, de la Unión Soviética, y en la mayoría de los lugares del Tercer Mundo.

Los Estados Unidos invirtieron su genio en proyectar formas y medios que hicieran viable el capitalismo. Nada indicaba que esto fuese posible. El capitalismo europeo ya había entrado en el siglo diez y nueve en un periodo de hondo estancamiento. Como un ejemplo de las peculiaridades del capitalismo norteamericano, podríamos tomar el caso de la ingeniería eléctrica. A pesar de que el conocimiento científico básico en ese campo ya se tenía con Faraday, que en 1831 mostró cómo se convierte la fuerza mecánica en corriente eléctrica, sólo hasta fin del siglo se hizo posible la generación de electricidad en masa para el público en masa. El problema no estaba en cómo producir energía eléctrica sino en cómo podría llevarse al mercado y venderse esa energía. La idea de vender energía interesó sobre todo a los monopolios de recursos naturales de los Estados Unidos. A través del doble proceso de industrialización y urbanización, esas nuevas fuentes de energía podían llevarse al mercado comercialmente. Y se llevaron. Aún hoy, el "proceso de electrificación" no ha alcanzado en ninguna parte el grado de desarrollo que tiene en los Estados Unidos. Es más, las ganancias derivadas de estas actividades eléctricas se usaron en parte para fomentar nuevas investigaciones y nuevos métodos de investigación. "El laboratorio de Menlo Park, de Edison, puede haber sido un rudo negocio, pero fue prototipo de las grandes instituciones, gubernamentales e industriales, hoy día dedicadas a la investigación. Es en la industria eléctrica donde podemos ver más claramente cómo el éxito económico, por así decirlo,  *fija*  y hace estable el  *desarrollo científico* ".<sup>42</sup>

A pesar del sorprendente éxito con que la sociedad agrícola se convirtió en sociedad industrial con un mínimo de violencia, y a pesar de esta compensación tecnológica a los problemas del periodo de tran-

<sup>42</sup> Véase J. D. Bernal, "Science, Industry and Society in the Nineteenth Century", *Essays on the Social History of Science*, editados por S. Lilley. Copenhague: Ejnar Munksgaard, 1953, pp. 138-165.

sición, los Estados Unidos no han podido conquistar todavía, ideológicamente al menos, la imaginación del liderazgo del Tercer Mundo. Paradójicamente, parecía haber más entusiasmo y más interés por el genio de Norteamérica cuando estaba menos desarrollada que ahora que lo está en más alta medida.

En cierto modo, al menos, la razón de esto debe buscarse en la manera como opera la economía de la sociedad norteamericana; su imposibilidad de funcionar al máximo de capacidad, lo que agudiza los problemas de subutilización ligados a la superproducción. La dinámica de esta contradicción ha colocado a las finanzas en la sociedad norteamericana sobre una base insegura de crédito en la cual la posibilidad de reembolsar se ve constantemente amenazada por los grandes problemas de la superproducción. Entre estos fenómenos paralelos de subutilización y superproducción hay una brecha cada vez mayor. Inclusive con esta nueva reserva de crédito, el complejo industrial de los Estados Unidos opera entre la mitad y las tres cuartas partes de su capacidad. Solamente en la última década, se perdieron, por lo menos, mercancías y servicios por valor de diez mil millones de dólares. Thurman Arnold al poner al día, recientemente, su trabajo *The folklore of Capitalism* señaló que "En los últimos diez años sólo hemos podido usar cerca del 75 por ciento de lo que producimos. En la práctica, no sería difícil que nos beneficiásemos de esa producción desaprovechada. Ideológicamente, es hoy en día imposible hacer las obras y proporcionar los servicios públicos que nuestra economía podría sostener tan fácilmente. Esto se debe a que no se puede disponer del dinero y el crédito privados para cosas como la conservación de nuestra reserva de agua, de nuestra salud, de nuestras facilidades recreativas, etcétera, entre una larga lista de necesidades públicas. Cosas que no puedan venderse o comprarse con dólares en el mercado no pueden financiarse con el crédito privado. Por lo tanto, tenemos que arreglárnoslas sin ellas, aun cuando esto signifique una pérdida colosal de nuestros verdaderos recursos de producción".<sup>43</sup>

Aun cuando ajustemos la versión de Arnold para tomar en cuenta algunas enormes actividades filantrópicas del sector privado, su crítica es inobjetable, ya que la sub-utilización de la capacidad planeada es en sí misma un instrumento que impide las obras públicas que se requieren para un mayor desarrollo de la economía. Por esta razón, la idea

<sup>43</sup> Thurman W. Arnold, "The Folklore of Capitalism Revisited", *The Yale Review*, vol. LII, Nº 2 (Invierno, 1963), pp. 188-204.

de poner en marcha un sector privado de libre empresa no apetece a la mayoría de las naciones que entran a la etapa del desarrollo. El conflicto entre los distintos intereses dentro de los Estados Unidos impide que éstos se identifiquen con las revoluciones que ocurren en el exterior. Esos intereses impiden que se forme cualquier ideología que no quepa en alguna versión modificada del *laissez-fairismo*.

Es el caso que mientras ideológica y retóricamente los Estados Unidos ya no siguen operando como forma del futuro, nunca tanto como ahora había sido este país un modelo para el resto de la humanidad, aunque estrictamente al nivel tecnológico. La admiración hacia los Estados Unidos pasó del antiguo respeto que se tenía por sus instituciones políticas a una gran estimación por el alto nivel con que provee de una inmensa cantidad de bienes de alta calidad al ser humano; super-carreteras, bienes de consumo que se preparan fácilmente, y una multitud de otras especialidades técnicas. A este nivel, los Estados Unidos sirven de un primer modelo de eficacia, no solamente a las regiones en desarrollo sino a la Europa occidental y al bloque soviético.

Comparados con la Unión Soviética, los Estados Unidos son relativamente más sofisticados en lo que concierne a lo que es más o menos importante en el orden tecnológico. En los años veintes y treinta se hacía énfasis en lo más alto, lo mayor, lo gigantesco. Muy particularmente por lo que hace al campo de la electrónica y de la arquitectura. Cosas como gabinetes enormes para radios diminutos o edificios de cien pisos, de los cuales los que estaban en la mitad más alta se hallaban desocupados, señalan a los planeadores los límites del gigantismo. Por una ironía, en la Unión Soviética todavía se hace énfasis en lo gigantesco: Los cohetes más grandes, los edificios más altos, mayor número de lanzamientos, mayor número de órbitas. Así es como, precisamente en el momento en que la tecnología en los Estados Unidos se interesa en "miniaturizar", la Unión Soviética adopta la moda de lo grande y que ya fue abandonada por la tecnología norteamericana.

El espíritu igualitario en los Estados Unidos ha sufrido una transformación. De una sociedad que se orientaba hacia el éxito se ha conservado una orientación hacia la atribución. La orientación hacia el éxito permanece intacta; sólo que, en medio de la riqueza, no está comprendida entre los valores atributivos. Así pues, todavía hay luchas enormes entre los judíos, pero dentro del marco de ser judíos. Del mismo modo, han aumentado las luchas entre los negros, pero haciendo énfasis en las virtudes de la negritud. Los protestantes, por su parte, no sólo no se han

desintegrado, sino que se han consolidado en torno a los intereses bancarios y financieros del país. Y la existencia del separatismo católico es cosa probada en todas las áreas y caminos de la vida.<sup>44</sup> En efecto, dentro de los Estados Unidos se está llegando a una cristalización de tres grupos de poder religioso orientados hacia tres esferas de actividad. En general, podría decirse que los católicos romanos se han convertido en el foco central de la política; los judíos, se han vuelto los actores centrales dentro de los medios intelectuales y académicos; pero, curiosamente no en los aspectos administrativos relativos; y los protestantes se han convertido en los administradores de la economía general de la nación.<sup>45</sup> Hasta qué punto tales elementos atributivos y formalismos han minado de hecho el proceso de desarrollo norteamericano, es algo que todavía no se ha estudiado. Pero de lo que ya no hay mayor duda es del surgimiento de estos formalismos.

Un modo de colocar al modelo Norteamérica en una perspectiva significativa es observar lo radicalmente que los Estados Unidos se han vuelto "sociológicos" en su orientación fundamental, y cómo esto ha requerido un desplazamiento con respecto a otros axiomas; como, por lo general, la religiosidad y el ascetismo. El número efectivo de feligreses tiende a elevarse con los años en las iglesias norteamericanas con un aumento de cincuenta por ciento en quienes pretenden ser miembros o estar afiliados por tal o cual motivo en una iglesia o en otra, y más del noventa por ciento profesan el credo de una u otra religión. Pero la *calidad* de esta afiliación se ha alterado drásticamente. En un estudio reciente sobre la práctica religiosa en los suburbios norteamericanos, se obtuvieron los siguientes resultados. (1) Se encontró que entre las principales decisiones para incorporarse a la iglesia estaba el "familismo", el propósito de promover la unión familiar y las necesidades religiosas de los hijos por medio de agencias autorizadas. (2) El "pertenecer": la afiliación social sobre la base de subir en la escala de las amistades, era un motivo central. (3) La paz del espíritu; la religión como sustituto del psicoanálisis, dando bienestar mental en una sociedad atormentada y agresiva era una causa mencionada también con frecuencia por los nuevos feligreses. (4) La orientación moral: la creencia de que iden-

<sup>44</sup> Véase Wil Herberg, *Protestant-Catholic-Jew*. Nueva York: Doubleday & Co., 1955; y Milton M. Gordon, *Assimilation in American Life: The Role of Race, Religion, and National Origin*. Nueva York: Oxford University Press, 1964.

<sup>45</sup> Véase E. Digby Baltzell, *The Protestant Establishment: Aristocracy and Caste in America*. Nueva York: Ramdon House, 1964.

tificarse con una iglesia es lograr un grado de orientación de valores que es absoluto y tiene significado. (5) El éxito; la iglesia como medio de sancionar y legitimar éxitos políticos y económicos ya logrados. Otros dos motivos, con frecuencia exagerados en la literatura sociológica clásica, la necesidad del rito y una correspondiente necesidad de comprensión religiosa y ética, aparecían muy por debajo de los anteriores en la escala de razones para afiliarse a una iglesia. Así, en vez de un resurgimiento religioso, la tendencia de la orientación motivada por el desarrollo es subvertir la religión convirtiéndola en un acto sociológico, empleando la religión como algo que se puede representar.<sup>46</sup>

Las tendencias niveladoras, las tendencias hacia el igualitarismo, han ido dando paso a cierta fluidez y movilidad dentro de un status jerárquico rígidamente estratificado. Hay ahora un curioso tipo de nivelación que se produce en el seno de grupos que en sí mismos están organizados en forma jerárquica dentro de la sociedad en su conjunto. Por ejemplo, los católicos se pronuncian más abiertamente como católicos de lo que lo hacían a principios de siglo. Esto hace pensar en una generación dispuesta a sacrificar su identidad de irlandeses, polacos o italianos. Los judíos, igualmente, son más homogéneos de lo que fueron antes de las grandes olas migratorias anteriores a la primera Guerra Mundial. La generación anterior estaba más dispuesta a identificarse como judíos alemanes, judíos rusos o judíos asquenaci y judíos sefarditas. En otras palabras, lo que ha ocurrido no es tanto una tendencia niveladora dentro de la sociedad general, sino una orientación igualitaria dentro de una sub-cultura mucho más rígidamente estructurada de lo que haya sido nunca antes. De esta manera el "pluralismo" sirvió no tanto para contradecir cuanto para reforzar el crisol \* norteamericano.

La historia del movimiento sindical da testimonio de una transformación de grandes proporciones y serias consecuencias. Ha evolucionado de la búsqueda de la igualdad económica a la búsqueda de la seguridad económica dentro de la jerarquía de las distintas posiciones. Ha ido desde la demanda de la unificación total de los trabajadores empleados hasta la rígida exclusión de los trabajadores desorganizados de los be-

<sup>46</sup> Véase, Dennison J. Nash y Peter L. Berger, "Church Commitment in an American Suburb: An Analysis of the Decision to Join", *Archives de Sociologie des Religions* (Centre National de la Recherche Scientifique), vol. 7, Whole N° 13, (enero-junio, 1962), pp. 105-120; y para un estudio más detallado, véase N. J. Demerath III, *Social Class in American Protestantism*. Chicago: Rand McNally & Co., 1965, especialmente la discusión teórica, pp. 177-204.

\* "Melting pot".

neficios de la unión. El propio sistema sindical norteamericano, como el sistema religioso, se ha convertido en una señal del status atribuido. En algunos sindicatos la tarjeta sindical se pasa virtualmente de generación en generación, del mismo modo que se trasmite la religión propia, lo cual está muy lejos del sindicalismo masivo que predominaba antes de la segunda Guerra Mundial en los Estados Unidos.

Esta estratificación se ha endiosado en sociología como la doctrina de la necesidad funcional de la estratificación: "Si los derechos y requisitos de las distintas posiciones en una sociedad deben ser desiguales, entonces la sociedad debe estar estratificada, porque eso es, precisamente, lo que significa la estratificación. La desigualdad social es pues un mecanismo inconscientemente desarrollado mediante el cual la sociedad se asegura a sí misma que los puestos más importantes se llenen concienzudamente con las personas más calificadas. De ahí que toda sociedad, no importa cuán simple o compleja sea, deba diferenciar a las personas en términos tanto de prestigio como de estimación y deba poseer, por tanto, cierta desigualdad institucionalizada".<sup>47</sup> Esta posición no debe considerarse como una defensa de las virtudes conservadoras, sino más bien como reflejo de una apatía generalizada que se ha extendido a través de todo el sistema social norteamericano en el cual los hechos se toman por leyes. La ideología norteamericana ha aceptado los cánones de la desigualdad como si fuera a la asistenta del desarrollo capitalista, exactamente del mismo modo que en el siglo pasado empleó al desarrollo capitalista para probar la necesidad de la igualdad social.

La tierra de la abundancia y de la oportunidad se ha vuelto clásica y mítica. Sin embargo, mientras la exuberante abundancia ha aumentado de manera espectacular, su distribución se ha mantenido notoriamente injusta. Lo más notable es, por ejemplo, la diferencia entre negros y blancos, que en términos relativos realmente ha aumentado a pesar de que las condiciones actuales del negro hayan mejorado. De acuerdo con los últimos datos del censo, los ingresos personales de los negros en cualquier parte del sur, varían de una tercera parte a la mitad del ingreso personal del blanco.<sup>48</sup> Resulta más notable aún que la tasa de movilidad ascendente se esté ampliando, y esto parece ser generalmente cierto también por lo que hace a las diferencias que hay entre riqueza y po-

<sup>47</sup> Kingsley Davis, *Human Society*, Nueva York: The MacMillan Co., 1949, pp. 367-368; véase también Kingsley Davis y William E. Moore, "Some Principles of Stratification", *American Sociological Review*, 10 (1945), pp. 242-49.

<sup>48</sup> U.S. Census, 1960, Families and Unrelated Individuals. Washington, D.C., 1960.

breza. Si se toman tres variables —raza, ecología e ingreso familiar— y se combinan, se obtiene el resultado dramático de un cuadro de igualdad económica atrofiada, unida a significativas ganancias sociales.

Los patrones de empleo en el sur de los Estados Unidos, a pesar de una amplia industrialización, no han cambiado en cincuenta años en lo que se refiere a las oportunidades de trabajo de los negros. Durante el siglo veinte casi todo el aumento de la capacidad adquisitiva del negro se debió a la emigración familiar de los centros rurales a los centros urbanos del sur y del norte. Como resultado de esto la familia negra urbana tiene ingresos mayores que la familia negra rural.

Este aumento en la circulación del ingreso personal estimuló el crecimiento de la burguesía negra y la proveyó de base material.<sup>49</sup> Ocupaciones tales como las de tenderos, agentes de bienes raíces o de seguros, y en general todas aquellas ocupaciones comerciales conectadas principalmente a las necesidades cotidianas del negro, constituyen el eje de esta nueva clase media. El tipo de trabajo que obtiene el negro que busca empleo en una ciudad, está íntimamente ligado a un status bajo y a puestos poco remunerados. Las nuevas industrias que forman parte importante del nuevo crecimiento económico en el sur, tales como las fábricas de ropa, de aviones, y de comunicaciones, han seguido la práctica tradicional del sur de confinar a los negros o los mismos puestos de inferior categoría. Al mismo tiempo, la introducción de varios procesos automáticos en las industrias más antiguas está eliminando ese tipo de empleos donde se concentraban tradicionalmente los negros; por ejemplo, en los sectores de trabajos no calificados o semi-calificados. En suma, la diferencia en el ingreso entre la familia negra media y la familia blanca media en los centros urbanos es mayor que la diferencia entre las familias rurales blancas y negras.<sup>50</sup> El importante crecimiento de la burguesía negra no ha alterado el patrón base clásico del sub-desarrollo, en parte porque la burguesía negra sigue siendo un sector muy pequeño del total de la población negra, y en parte porque la distribución geográfica de la riqueza en el norte y en el sur se ha concentrado más.

Una "gran guerra a la pobreza" puede muy bien aspirar a atenuar la lucha económica de clase, que irrita aún más el ya difícil conflicto racial.

<sup>49</sup> Véase E. Franklin Frazier, *Black Bourgeoisie: The Rise of a New Middle Class in the United States*. Nueva York: Collier Books, 1962, pp. 42-55.

<sup>50</sup> J. J. Odell, "The Negro People in the Southern Economy", *Freedomways*. Vol. 3, No. 4. Otoño 1963, pp. 526-548; véase también S. M. Miller, "Poverty, Race and Politics" *The New Sociology*, ed. por Irving L. Horowitz. Nueva York y Londres: Oxford University Press, 1964, pp. 290-311.

Pero el hecho mismo de una guerra a la pobreza sin la crítica concomitante a la opulencia, puede actuar en dos sentidos; por un lado, puede fortalecer la existencia de las barreras de clase, y por otro lado, puede estimular a la generación presente de ricos, que pueden no haber perdido el impulso y el deseo de sus antepasados de lograr mayores ventajas. Bien puede ser que la función latente de la guerra a la pobreza sea mantener intacto el eje de la búsqueda del éxito y no la de resolver los problemas de la pobreza directamente. Como señala Kolko: "Desde el punto de vista del acceso a los símbolos del status económico, la posición del decilio más alto de los que en la nación tienen ingresos, debía ser la preocupación fundamental de los estudiosos de la desigualdad social en Norteamérica. Puesto que, prácticamente en cualquier año que se examine, la media de entradas de dólares del decilio más alto de los que reciben ingresos será el doble del ingreso medio del siguiente decilio; y como de 25 a 30 veces más alta que el ingreso medio del decilio inferior. Afirmaciones recientes acerca de una significativa tendencia a la igualación de ingresos se han limitado a observar la posición de la quinta parte más elevada en los ingresos y la declinación del número de impuestos que anualmente se devuelven a quienes tienen muy altos ingresos —\$ 100 000 y más. Esta última afirmación es de poca importancia, ya que puede demostrarse que la centralización de símbolos del poder económico y del status social no han salido del control de una pequeña élite económica; luego pues los problemas de la relación de la élite con la sociedad siguen estando entre nosotros, a pesar de algunos cambios menores, dentro de la élite misma".<sup>51</sup> Difícilmente podría celebrarse mejor la abundancia norteamericana que haciendo una guerra que mejoraría el status de vida de esos pobres que ya viven mejor que casi todos los demás pueblos del mundo. Las posibilidades de adquirir bienes materiales y alcanzar el éxito no sólo se han constreñido por lo que hace a los pobres, sino también, y rápidamente, por lo que hace a la clase media. Como dijo un escritor: "Inclusive entre los hombres de negocios altamente responsables y bien pagados y entre los ejecutivos asalariados, sólo unos cuantos podrían llegar realmente a la cima. Por eso, y puesto que el pueblo norteamericano está entregado a la ideología norteamericana del éxito personal, estaban tratando de lograr algo que para la mayoría de ellos era imposible. Juzgados con las normas que prevalecen en la sociedad norteamericana, la mayoría de los norteamerica-

<sup>51</sup> Gabriel Kolko, "The American Income Revolution", *America as a Mass Society*, ed. por Philip Olson. Nueva York: The Free Press of Glencoe, 1963, p. 107.

nos se sentía compelidos a juzgarse a sí mismos como fracasados y atribuían su fracaso a alguna falla dentro de ellos mismos".<sup>52</sup>

Aunque la movilidad social continúe aumentando lentamente, no lo hace —sin lugar a dudas— en la misma medida que el crecimiento actual de la economía. Así, se hace un enorme esfuerzo por participar en el festín norteamericano y por ganar una cantidad de abundancia, cuando al mismo tiempo los verdaderos caminos de la movilidad social se han estrechado. El sistema educativo formal no ha sido solamente un símbolo de movilidad social, sino que al mismo tiempo ha servido para estratificar más la sociedad norteamericana. Como lo demuestra un conjunto de averiguaciones, el proceso de estratificación se refuerza por el sistema educativo lo mismo que el proceso de movilidad.<sup>53</sup>

Más allá del problema de la educación formal está la estructura de la educación norteamericana, que limita la movilidad social a la personalidad más bien que al conocimiento como tal. Aquí podemos citar la aguda observación de Fromm sobre la orientación de mercados: "El evangelio del trabajo pierde fuerza y el evangelio de la venta se vuelve lo supremo. En la época feudal, la movilidad social era extraordinariamente limitada y uno no podía usar su propia personalidad para salir adelante. En la época de la concurrencia del mercado, la movilidad social era relativamente grande, especialmente en los Estados Unidos; si uno entregaba las mercancías, se podía salir adelante. Hoy las oportunidades para un individuo solo, que pueda hacer una fortuna enteramente por sí mismo, comparadas con las del periodo anterior, se han reducido de manera notable. El que quiera salir adelante tendrá que encajar dentro de las grandes organizaciones y su habilidad para actuar en el papel convenido será una de sus ventajas".<sup>54</sup>

La lucha política popular norteamericana ha cambiado radicalmente. Se ha concretado más. A nivel de las "masas" se ha revelado un "estrechamiento" y una respuesta a problemas de interés inmediato. En su fase más reciente, la gente se ha apartado de los problemas nacionales hacia asuntos de interés local y parroquial. La educación política moderna se deriva de la cultura cívica, en el trámite para la emisión de

<sup>52</sup> Henry Bamgard Parkes, *The American Experience: an Interpretation of the History of Civilization of the American People*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1955 véase el capítulo II.

<sup>53</sup> Véase Murray Gendell y Hans L. Zetterberg, *A Sociological Almanac for the United States*, 2da. ed. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1964, pp. 21-22.

<sup>54</sup> Erich Fromm, *Man for Himself*. Nueva York; Holt, Rinehart & Winston, 1947, pp. 81-82.

algún bono local o en algún plan para la construcción de carreteras. La política como sistema general de gobierno o como crítica de ese sistema general se ha disuelto. Lo que se ha dejado a la política de las masas, aparte de los movimientos radicales, son las consideraciones parroquiales, y lo que ha desaparecido en el proceso es la política basada en los valores universales.<sup>55</sup> Esto es lo que subrayan las diversas afirmaciones acerca del fin de la ideología en Norteamérica. Lo que ahora es evidente es cómo la gente acepta la identidad de las diferentes facciones políticas y de los distintos partidos en los Estados Unidos.<sup>56</sup>

Las bases de la política, tanto nacional como internacional, se han desplazado del diálogo general al consenso manipulado. La política abstracta misma se ha disuelto en ciencia política. Los puestos de elección han cedido su lugar en importancia a los puestos de designación. Pocos hombres que hayan tenido cargos de elección en la historia de los Estados Unidos han tenido—casi en ninguna parte—el poder o el prestigio de funcionarios designados como los titulares del Departamento de Defensa y el del Departamento de Estado. Son hombres que nunca hicieron campaña para obtener sus puestos y que tienen, sin embargo, un enorme poder político. Debido a este cambio en gran escala y debido a la correspondiente elevación del experto como árbitro en el proceso de hacer decisiones, el estilo político del siglo diez y nueve, resulta pasado de moda y aun arcaico.<sup>57</sup>

El debate sobre el hecho de si hay una élite en el poder que maneja a los Estados Unidos o si hay grupos de contrapeso capaces de vetar sus decisiones, se ha vuelto, en el corto lapso de una década, un problema pasado de moda. Si se examinan con cierto cuidado los argumentos de Riesman, se hace evidente que aunque hay una serie de grupos que luchan por alcanzar el poder—alcanzándolo al fin—para *impedir que sucedan cosas* posiblemente peligrosas para sus propios intereses, la habilidad para *inciar cosas* es algo que Riesman reconoce como absoluta responsabilidad de los más fuertes; esto es, quienes dentro del grupo vetante tienen el poder.<sup>58</sup> Asimismo, si examinamos la posición de Mills

<sup>55</sup> Gabriel A. Almond y Sidney Verba, *The Civic Culture*, Boston y Toronto: Little, Brown & Co., 1965.

<sup>56</sup> Daniel Bell, *The end of Ideology: On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties* (edición revisada). Nueva York: Collier Books, 1961, esp. pp. 393-502.

<sup>57</sup> Véase de Henry A. Kissinger, "The Policy Maker and the Intellectual", en *International Politics and Foreign Policy*, editado por James N. Rosenau. Nueva York: The Free Press of Glencoe, 1961, pp. 273-278.

<sup>58</sup> David Riesman, Nathan Glazer y Reuel Denney, *The Lonely Crowd: a Study*

encontramos algo más sofisticado que la burda representación del concepto del poder franco-italiano. Porque lo que hace Mills es dividir el aparato del poder en tres secciones: una masa que carece de poder político y que carece de los medios para adquirir tal poder; un estrato medio que sí puede arreglar los asuntos de carácter local y que está en una condición que Mills llama de "estancamiento semiorganizado"; y en el tercer nivel la élite del poder, que no está unida explícitamente sino más bien orientada en un mismo sentido y que toma decisiones que afectan la política nacional y la internacional, independientemente, en gran medida, de las normas democráticas.<sup>59</sup> Esto no pretende disminuir las diferencias que hay entre Riesman y Mills. Sin embargo, queda claro que la característica de los sistemas de dos partidos, del sistema de multi-partidos, o de una democracia de élites basada en grupos vetantes, no altera el hecho de que en los asuntos mayores, institucionales o internacionales, la política de los Estados Unidos sea tan unitaria como la de cualquier otra gran potencia del pasado o del presente.

Las innovaciones técnicas que distinguen a los Estados Unidos en el siglo veinte, tienen al mismo tiempo profundos efectos políticos al modernizar los medios del poder y disminuir el ejercicio del control popular sobre ese poder. Como apunta Seligman: "Las diferencias políticas también se han vuelto confusas: el debate político norteamericano se conduce en forma cada vez más planeada, en una atmósfera de temperancia casi, y los extremistas de cualquier clase son cada vez más raros. La expresión política de la nueva sociedad en la que, más y más familias se agrupan alrededor de los niveles de ingreso de clase media y se adaptan a las formas de vida de la clase media, es un congreso al cual se agrupan más y más políticos centristas, en el que ambos partidos cada vez están más dominados por liberales "razonables".<sup>60</sup> Este proceso de desintegración política no se ha confinado solamente a los medios políticos. Ha habido consecuencias psicológicas y sociales en gran escala debido a esta transformación de la política norteamericana en un sistema de hacer política. Básicamente ha provocado el colapso del estilo de innovador pragmático. Si el pragmatismo signifi-

*of the Changing American Character*. Garden City, Nueva York: Doubleday & Co., 1953, pp. 246-259.

<sup>59</sup> C. Wright Mills, *The Power Elite*. Nueva York: Oxford University Press, pp. 3-29.

<sup>60</sup> Daniel Seligman, "The New Masses", en *America as a Mass Society*. Philip Olson, ed. Nueva York: The Free Press of Glencoe, 1963, pp. 254-56.

caba algo en el pasado, requería al menos, participación, acción, una declaración de principios. Pero lo que ahora tenemos es un comportamiento político manipulado hasta el grado de llegar a crear lo que Lazarsfeld y Merton llaman una "disfunción narcotizante". Como ellos lo indican, ocurre una especie de sustitución, un lento apartamiento del compromiso real. El norteamericano moderno "llega a confundir el *conocimiento* de los problemas del día con el *hacer* algo por ellos. Su conciencia social permanece impoluta. Se preocupa, está informado; y tiene toda clase de ideas sobre lo que debería hacerse. Pero después de cenar, y después de oír sus programas favoritos de radio y leído su segundo diario del día, es hora, realmente, de irse a la cama. En este peculiar aspecto, la comunicación masiva puede incluirse entre los más eficaces y respetables de los narcóticos sociales".<sup>61</sup>

¿A qué, entonces, ha sido empujada la masa norteamericana dentro de un consenso ahora que su mente ha sido relevada de las consideraciones políticas? Aquí debemos de tomar en cuenta que no es simplemente la cultura de las masas o el ocio de las masas lo que define la nueva situación, sino el carácter y cualidad de los actuales estilos de trabajo. Ya que la cultura y la ociosidad se definen todavía en términos de proceso laboral, y no a la inversa. Sería erróneo pensar que la búsqueda de alternativas para trabajar significa el fin de la definición del proceso laboral como algo medular.

Lo que ha ocurrido es la transformación de las ideologías políticas en ideologías económicas. Quizás la representación más perfecta de este economismo se halle en el sindicalismo norteamericano, que nos confronta, paradójicamente, con una historia violenta de las luchas de la clase obrera, en un medio que despliega una falta casi total de dirección política. Las metas que perseguía el sindicalismo se caracterizaban por el interés, casi exclusivo, en el bienestar económico. Así pues, aunque había un grado muy alto de conciencia de *clase*, existía, simultáneamente, un grado muy bajo de conciencia *política*, al contrario de lo esperado por los marxistas. Este economismo ideológico actuó como un estímulo para el desarrollo social y económico, a diferencia de lo que pasó en Europa, donde fue un freno para el desarrollo. La ideología del economismo sindical corresponde exactamente a los periodos de

<sup>61</sup> Paul F. Lazarsfeld y Robert K. Merton, "Mass Communication, Popular Taste and Organized Social Action", *Mass Culture: The Popular Arts in America*, eds. Bernard Rosenberg y David Manning White, Glencoe, Ill.: The Free Press, 1957, p. 464.

movilización e integración del proceso norteamericano del desarrollo. ¿Cuáles son estas necesidades?

a) Que el obrero debe ser retribuido por la cantidad de trabajo realizado; el trabajo más duro y la mayor productividad, merecen una retribución más alta. Así, en principio, la clase obrera de los Estados Unidos está ligada a la ideología de un sistema de retribución, lo que fundamental y precisamente, querían inducirle a pensar las clases poseedoras; b) La ideología del economismo rara vez llevó a la formación de partidos políticos dentro de una línea de clase. Cuando esos partidos llegaron a formarse, fueron por lo general partidos campesinos o coaliciones obrero-campesinas y nunca partidos de clase obrera industrial como los que se encuentran en cualquier parte de Europa, tanto en el siglo diez y nueve como en el veinte. Esto hizo posible un consenso, al nivel político, que hacía hincapié en las similitudes de los intereses de clase, y en el respeto de las necesidades de clase, en términos de una mayor riqueza industrial, en vez de hacerlo en términos de una nueva relación social; c) La ideología del economismo no era exclusiva de la clase obrera. De hecho, también era característica de los grupos de negociantes y profesionales. Desde su punto de vista parecía natural y congruente hacer hincapié en la economía, pues ellos eran los principales beneficiarios de ese economismo. Por otro lado, cuando el sentimiento de clase tomó cuerpo en una casta política, se vio fuertemente teñido de nostalgia, por el deseo de una clase recientemente desplazada o amenazada, de volver a una situación anterior. Por esta razón, el populismo, aunque asumía forma revolucionaria, tenía de hecho un contenido reaccionario. Su política de clase iba a la vanguardia de las necesidades de un capitalismo industrial que se extendía entonces. A menudo, los críticos más enérgicos del industrialismo eran las élites rurales que habían sido privadas de privilegios con la Guerra Civil y dejadas a un lado en la carrera del desarrollo que siguió a la Guerra Civil. La sociedad norteamericana es única por lo que hace al grado en que separaba lo "político" de lo "económico". Esto realmente es lo que hay en el fondo de la política de discusión de programas y en la cultura cívica. En el fondo está la noción de que la política en Norteamérica no se maneja tanto por una élite poderosa o por grupos vetantes como por una élite económica, pero a diferencia de lo que pasa con el supuesto "determinismo económico" de los marxistas el proletariado toma parte activa en su mantenimiento y en determinadas circunstancias lo

dirige. La política se vuelve, cada vez más, en el contexto norteamericano, una actividad gubernamental formal.

El anti-intelectualismo en la vida norteamericana ha adquirido matices que lo distinguen del pasado estilo de la doctrina "conocimiento por la experiencia". En tanto que en el siglo pasado el ser anti-intelectual iba unido al ser anti-educacional, ahora, esta unión ya no es necesaria. Lo que es característicamente moderno es la forma en que la educación se ha separado del intelectualismo. Esto es, a la educación de las masas, e inclusive a la educación superior, se les ha dado un enorme impulso con esas innovaciones técnicas que exigen de un personal de más refinada calificación. Pero el aparato educativo no conduce tanto a hacer al individuo culto como a un filisteísmo mayor.<sup>62</sup> El proceso educativo se convierte en un instrumento para lograr fines económicos. El propio conocimiento se subordina a la adquisición. El dinero es su medida. La elección de ocupación, basada como está en una mayor compensación monetaria, se convierte en la meta de la educación, contribuyendo así a la destrucción de la tradición de las artes liberales, o del entrenamiento, para ellas más concienzudamente que cualquier ataque directamente anti-intelectual. La educación instrumentada está perfectamente de acuerdo con el trabajo burocratizado. Así pues, la crítica del nuevo estilo educativo debe tomar en consideración su éxito con respecto al proceso del desarrollo.

El lugar y la manera como se es educado indican, como factores de status, que la educación está siendo empleada no solamente como un medio de progresar, sino, más recientemente, como un medio de garantizar el status ya adquirido. En la medida en que no sea la educación *per se* sino dónde se obtuvo la educación lo que más cuenta, es más manifiesto el divorcio entre el intelectual y el práctico en la vida norteamericana. Y las ocupaciones del status medio se vuelven elevadas por el número de personas que buscan una situación. La propia educación y la misma ocupación se pierden de vista en la carrera por lograr un status. La educación para el dinero o para el status, reforzada por una sociedad que convierte esto en dinero contante y sonante y en demanda, separada de la propia expresión, no se afectará significativamente por ningún tipo de reformas de "salón de clase más pequeño".

El conocimiento llega a reducirse a la información. La información llega a reducirse al entretenimiento, y el entretenimiento llega a redu-

<sup>62</sup> Para una relación histórica detallada véase Richard Hofstadter, *Anti-Intellectualism in American Life*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1963.

cirse al juego. Y en este proceso hay una transformación de la orientación hacia el trabajo por la orientación hacia el ocio.<sup>63</sup>

A pesar de todo el énfasis que se hace en el tiempo de descanso, el hecho que persiste es que Norteamérica es una sociedad productiva; y la definición de su riqueza es difícilmente más veblenesca ahora de lo que era al empezar el siglo. La riqueza de Norteamérica no es visible en términos de status, sino que se mide en términos de productividad económica. El valor del individuo no se mide en términos de ocio sino que en términos de su capacidad de trabajo y calificación para producir. A pesar de que el surgimiento de un orden tecnológico tenga una influencia tan grande en las relaciones entre el trabajo y el ocio, la producción y el consumo, el trabajo mecánico y el trabajo manual, ello solamente altera la mezcla, no altera los hechos. Los hechos son bastante claros. La valoración de Norteamérica desde el punto de vista internacioanl se basa en su inmensa riqueza material y en el alto nivel de su trabajo especializado, y no en la forma en que el tiempo de descanso se use o se mal use.

Hablar de desarrollo en los Estados Unidos en el siglo veinte es tener que referirse casi exclusivamente con el papel que juega la tecnología. Pues si es que hay algún sello característico del Primer Mundo, es esa propensión a la tecnología que transforma los descubrimientos científicos en ciencia aplicada. Estandarización, automatismo, y una serie de subculturas técnicas, como la tendencia hacia la miniaturización e intercambiabilidad, *i.e.*, los usos múltiples de un solo producto, es decir, toda una serie de novedades, calculadas para hacer el trabajo menor y la vida más fácil. Los procesos que implica la estandarización son absolutamente esenciales para el desarrollo, ya que permiten la producción más rica en diversidad con un mínimo de confusión o reinstrumentación. Al mismo tiempo la automatización es un proceso de largo alcance en los Estados Unidos. La técnica fabril en la línea de ensambladoras ha incorporado todo invento posible para liberar al obrero del peso del trabajo manual aun al nivel administrativo. Así podemos hablar de tecnología, de su índole inseparable de la estandarización de las técnicas de producción y automatización en los estilos de trabajo.

La estandarización hace que el rendimiento sea máximo y disminuye el trabajo necesario para ello. Hace que los instrumentos de la máquina

<sup>63</sup> Véase Eric Larrabec y Rolf Meyersohn, eds., *Mass Leisure*. Glencoe, Ill.: Free Press, 1958.

sean adaptables a usos múltiples y abarata el costo de las reparaciones y piezas de repuesto cuando el costo del trabajo sube. Produce en masa maquinaria nueva a tal grado que hace innecesario y oneroso en sí el trabajo de reparación. Por consiguiente, el proceso de estandarización rebasa el problema de la caducidad. Las mercancías viejas en los modernos Estados Unidos no es que sean tanto anticuadas como que son, sencillamente, demasiado caras con respecto a las nuevas mercancías. Lo mismo ocurre por lo que hace a la productividad: es más barato para ese propósito comprar nueva maquinaria que conservar la maquinaria usada.

Lo que se logra con la automatización es reducir los costos de mano de obra disminuyendo el tiempo necesario para producir mercancías y aumentando al mismo tiempo la capacidad de producción de las máquinas. En segundo lugar, la automatización reduce radicalmente el tiempo necesario para producir un artículo. Finalmente, la automatización hace necesaria, cuando menos, la planeación a corto plazo para poder correlacionar el nivel de productividad con el nivel de las necesidades de consumo y la capacidad de pago por esas mercancías y esos servicios.

Además la estandarización y la automatización producen un nuevo tipo de trabajador y de administrador en los que la distinción entre técnico y profesional tiende a minimizarse, ya que los procesos en los que participan tienden a parecerse. Estos procesos gemelos de la sociedad tecnológica han hecho posible la primera sociedad del mundo orientada hacia el consumo; la primera sociedad que se dedica conscientemente a resolver los problemas del consumo, dando por supuesta la solución del problema de la producción.

Del proceso tecnológico han salido algunos subproductos negativos en los que la transformación de hombres en instrumentos, en mercancías, en cosas, que son en sí mismos medidos por los productos que ellos crean, ha dado a la sociedad una calidad de "antihumana" y de "pro-máquina". La valoración humana puede convertirse de un acto humano en un hecho tecnológico. Así, la persona puede llegar a definirse como de una computadora útil para cualquier propósito, fácil de producir pero difícil de controlar.

La era mecánica ha logrado desplazar la fuerza de mano de obra humana, pero esa fuerza de trabajo desplazada no ha florecido o reverdecido en nuevos canales de creación. Por el contrario, se ha fragmentado, alienado, y desgarrado profundamente de la fábrica social. A lo

más, el obrero desplazado busca nuevos trabajos mecanizados. En el peor de los casos esa fuerza de trabajo se generaliza en formas agresivas y antisociales de desórdenes mentales y sociales.

A la luz de esto, poco puede extrañar que el festín norteamericano se haya vuelto amargo antes de empezar. Mas aún, debe considerarse notable que a la luz del desarrollo de los Estados Unidos, la crítica de éste por otros haya sido tan restringida, haya estado tan imbuida de buenos deseos, aunque quizás esto sea el saldo final, ya que el resto del mundo aún puede considerar a los Estados Unidos no simplemente como una nación desarrollada sino como una sociedad adolescente, y el tratamiento de los adolescentes varía mucho. En este caso el adolescente tiene en sus manos la posibilidad última de decidir entre la vida o la muerte; por lo tanto debe bromearse con él pero también adularle. Considerada desde este punto de vista, la ausencia de crítica puede no ser tanto una ausencia de resentimiento como el temor de que todavía no hayamos madurado lo bastante como para absorber adecuadamente la crítica.

Hace poco más de una década, nada parecía más importante que saber lo que el futuro de los Estados Unidos traería consigo. Se sentía una urgencia que derivaba del papel central que jugaba Norteamérica en el panorama mundial. El tipo de preguntas que hizo Commager en *The American Mind* parecía ser de la mayor importancia posible. Los norteamericanos "han creado una economía de abundancia: ¿podrían diseñar un mecanismo político que asegure la distribución equitativa de esa abundancia? Se han vuelto el pueblo más rico del mundo: ¿usarán esa riqueza para hacer prosperar la sociedad o para un despliegue de poder? Eran igualitarios por convicción: ¿serán igualitarios en su conducta? Han desarrollado la técnica a su punto más alto: ¿aprenderán a hacer de la técnica su servidora en vez de su patrona? Y en aquel entonces aún faltaban las preguntas más nuevas. Los norteamericanos "han hecho la bomba atómica: ¿la usarán con propósitos civilizadores o destructivos? Han logrado un poder como ninguna otra nación había conocido antes: ¿triumfará la pasión por la paz... sobre la tentación de establecer una Pax Americana por la fuerza?"<sup>64</sup>

Vale la pena hacer dos observaciones a esas otras, tan típicas como retóricas. Una, que las respuestas siguen siendo tan oscuras ahora como lo

<sup>64</sup> Henry Steele Commager, *The American Mind: An Interpretation of American Thought and Character Since the 1880's*. New Haven: Yale University Press, 1950, esp., pp. 442-443.

eran entonces. Y en este simple hecho tenemos la prueba de cierto estancamiento del estilo norteamericano, sino del alma norteamericana. Pero un hecho más significativo que el del estancamiento es lo que implica el hecho de que las respuestas a esas preguntas carecen de la urgencia que tuvieron otrora. Esto se debe a que la propia nación norteamericana carece de la urgencia que alguna vez tuvo. Al arrogarse el liderazgo del Primer Mundo indicaba su poder; pero un poder que se ejercía solamente sobre un pequeño sector del universo. Quedaba el Segundo Mundo, de los soviéticos, que determinó lo rápida y fácilmente que había llegado el desarrollo en los Estados Unidos. Y surgió un Tercer Mundo que oscilaba de la indiferencia a la indignación porque el "diálogo" de los norteamericanos era consigo mismos o con sus parientes societarios de cualquier parte. Debido a esto, si una o todas las preguntas anteriores reciben respuesta inmediata es algo menos importante que hacer llanamente las preguntas en un contexto universal, que reconoce el etnocentrismo y aun el parroquialismo de las mismas. Cuando el ser norteamericano deje de ser una forma de vida todo consumidora y el consiguiente estilo de moralidad, quizás en ese momento se pueda alcanzar el genuino entendimiento entre las naciones.